

Manuel Verdugo

Estelas y otros poemas

Manuel Verdugo

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

21

ESTELAS Y OTROS POEMAS

Edición de Lázaro Santana



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:


Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Manuel Verdugo

ESTELAS
Y OTROS POEMAS

Islas Canarias
1989

- © Para la introducción **Lázaro Santana**
- © Para el texto **Manuel Verdugo**
- ©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-17-2

Depósito Legal: M. 25.313-1989

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	13
<i>De HOJAS</i>	
De mi cartera	25
Champagne	26
El jardín desierto	28
El poeta y la indiferente	30
Después de un año... ..	31
La mártir	32
A Urania	33
Burbujas	37
<i>De ESTELAS</i>	
Visiones	45
I.	45
II.	46
III. El alcázar cerrado	47
IV. El alma y el cuerpo	48
V. Hacia la belleza	50
VI.	54
VII. Sacras cegueras	56
VIII. En el reino de la poesía	57
IX. El poeta-caudillo	58
X. Destinos	59
XI. Cielo estrellado	60

	<u>Págs.</u>
XII. Mi tapiz	61
XIII.	62
XIV. El romero	63
XV. A bordo	66
XVI. En el manicomio	67
XVII. Vértices luminosos	68
Buenos consejos	69
I.	69
II.	70
III.	71
IV.	72
V.	73
VI.	74
Mosaico	75
Narciso	75
Amor	76
A la Campania	77
Venus centellea... ..	79
Junto a un alma inquieta	80
El "Augústulo "	82
El laurel de Apolo	83
A Juliano "El apóstata"	85
Los jardines de La Granja	86
Baudelaire	88
Solo	89
I.	89
II.	90
III.	91
Nerón	92
Del natural	93
Filemón y Baucis	94
La última cita	95
Siga la danza	96
Tiberio	97
A los poetas	98
Ante una estatua de Antinoo	100

	<u>Págs.</u>
Los niños tristes	101
Locos de atar	103
En el golfo de Nápoles	104
A Francisco González Díaz	106
Mediodía de mayo	107
El ensueño roto	111
Las Meninas	112
R.I.P.	113
Augusto	114
Alejandro, príncipe	115
Muerte de Alejandro Magno	116
Tentación	117
Máscaras	118
"Ángelus"	119
Rosas	121
I. Rosa de Té	121
II. Rosa de fuego	122
III. Rosa de trapo	123
Brama el mar	124
Muñecas sabias	126
Entierro del carnaval	127
Bécquer	128
Yo soy otro	130
Canto sensual	131
En un álbum	133
Érase una vez	134
Obsesión	136
Madrigal	137
Después de leer "Sullivan"	138
¿Reencarnación?	139
Poder de la belleza	141
Dos bestias "pura sangre"	142
A la "Cruz Roja"	143
La estatua	144
Ella y él	146
Ante un retrato de César Borgia	147

	<u>Págs.</u>
Divagación	148
Ensueños líricos	149
Tu diadema	151
Alegría de la primavera	152
Rubén Darío	155
Entrada de Heliogábalo en Roma	156
Los caprichos de Heliogábalo	157
Prosopopeyas	160
Las dos voces	161
De mi cartera	163
Las folias	164
Eros	165
La canción del eunuco	166
A una frágil beldad	168
A mademoiselle P.	169
Paisaje	170
Rutas en la sombra	171
Elogio de las pequeñas mentiras	172
Anacreonte	174
En la penumbra	176
Esfinge	177
Elegía	178
Desaliento	181
Pérez Galdós	182
Vibraciones	183
Alcibíades	185
Un necrómano	186
Hermes de Praxiteles	188
El veneno de la melancolía	189
Voces de antaño	190
Diógenes	192
A D. Juan Santa Cruz	193
En voz baja	195
Las víctimas de Prometeo	196
Autosilueta moral	198
Boceto de retrato	199

	<u>Págs.</u>
Rimas del dolor	201
I. En el cementerio de Verona	201
II. El rayo verde	203
III. Alba triste	204
IV. Estancias a la luna	206
V.	208
VI. Nocturno	209
VII. El libro de mi vida	211
 <i>De BURBUJAS</i>	
5	215
15	215
23	216
24	216
29	216
37	217
60	217
65	217
74	217
99	218
118	218
120	218
124	219
164	219
200	219
 <i>De HUELLAS EN EL PÁRAMO</i>	
Una rosa muere... ..	223
Tic... tac... ..	224
Edad Media	225
Alucinación	226
Por el laberinto	227
Ciudad de La Laguna	228
San Cristóbal de La Laguna	229
Juan Mozart	230
Viera y Clavijo	231

INTRODUCCIÓN

Manuel Verdugo nació en Manila (Filipinas) en 1877. Su padre, general del ejército, estaba entonces destinado en aquella plaza. El poeta siguió el ejemplo profesional paterno e ingresó en 1894 en la Academia de Artillería de Segovia. En 1899 se graduó con el empleo de Teniente, y como tal se desempeñó en guarniciones de Tenerife y de Las Palmas de Gran Canaria. Solicitó su licencia del Ejército en 1903. Empezó entonces una vida viajera que lo llevó a Francia, Suiza, Bélgica, Nápoles (donde residió un año) y Barcelona. En Madrid conoció a Jacinto Benavente, Manuel Machado, Rubén Darío, Francisco Villaespesa, etc. En 1908 fijó su residencia en La Laguna, donde falleció en 1951.

Publicó cuatro libros de poesía: *Hojas*, Madrid, 1905 (106 pp.); *Estelas*, Renacimiento, Madrid, 1922 (200 pp.); *Burbujas*, Santa Cruz de Tenerife, 1931 (196 pp.) y *Huellas en el páramo*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 1945 (152 pp.) En prosa publicó *Fragmentos del diario de un viaje*, Hespérides, Santa Cruz de Tenerife, 1928 (118 pp.) Posteriormente apareció una antología *Páginas de Manuel Verdugo*, Santa Cruz de Tenerife, 1940. En 1919 se estrenó en el Teatro Leal de La Laguna su obra escénica *Lo que estaba escrito*.

Debió ser hombre atildado, meticuloso y cáustico. Luis Álvarez Cruz lo retrató así:

UN POETA

(esquema de retrato)

*Una impasible lente de monóculo
y una brusca sonrisa...
A ratos, del bolsillo hasta el semblante,
el monóculo oscila.*

*Y mientras un veneno luminoso
sonriente, en la copa se eterniza,
hace su aparición, de cuando en cuando
el áspid punzador de una ironía.*

(de Senderos, 1927)

La poesía de Manuel Verdugo no ha sido ignorada por la crítica canaria. En vida del escritor, la estimación que sus contemporáneos sentían por sus versos fue realmente notoria; su personalidad centró buena parte de la vida literaria de La Laguna desde que decidió residir en esa ciudad (hacia 1908). Después de su muerte, María Rosa Alonso le dedicó un amplio estudio en el que analizaba con pormenor su obra; la alusión extensa a ésta no ha faltado en cuantas historias, resúmenes, etc. se han hecho de la literatura insular de la época (a partir de la mítica —y rectificable— *Historia...* de Valbuena Prat; sus versos figuran —con aprecio desigual, ciertamente, en todas las antologías de la poesía insular. «Un poeta de tal importancia, figura sobresaliente de la poesía de las islas», afirma Pérez Minik (*Antología de la poesía canaria* 1952). «Un poeta como Manuel Verdugo, la mayor parte de cuya obra, muy celebrada en su tiempo, resulta hoy sorprendentemente endeble...» dice por su parte Andrés Sánchez Robayna (*Museo Atlántico* 1983).

Los críticos advierten unánimes en la poesía de Verdugo su expresa condición parnasiana y, en consecuencia, anotan la elegancia clásica de su lenguaje, la frialdad conceptual, la carencia de imágenes, etc. Ninguno de ellos ha reparado en la característica que a mí me parece la más importante de la poesía de Verdugo, precisamente aquella que la convierte en algo diferente a la de su tiempo, y que introduce en la poesía canaria una nota peculiar que ni entonces, ni ahora, tiene paralelo en ninguna otra obra producida por escri-

tores insulares: aludo a su carácter uranista. ¿Pudibundez, desinterés, inadvertencia?

Sólo en alguna bibliografía periférica a la de la crítica literaria se encuentra alusiones al tema. En *Las tabernas literarias de la isla* (1961), de Luis Álvarez Cruz, se incluye un copioso anecdotario de dichos y hechos de Manuel Verdugo. Allí el poeta aparece como un ser sumamente irónico, mordaz, implacable con la mediocridad de la gente que le rodea —a la que zahiere constantemente—, despectivo con los convencionalismos sociales, e incluso retador frente a ellos. Luis Álvarez Cruz copia en sus páginas unos versos de Juan Pérez Delgado que describen el cuarto de Verdugo en su casa de La Laguna: «En el fondo oscuro brilla una panoplia. /Aquí un libro negro, allí un libro grana, /y sobre una mesa/ el blanco prodigio de una porcelana/ toda sutileza./ En un caballete, aún sin terminar/ un niño desnudo que se va a bañar./ Y en un sillón frágil, un hombre sentado/ indolente contempla extasiado/ la grácil figura del niño pintado. Verdugo fue también pintor —y de cierto mérito, parece (no he visto ningún cuadro suyo)—. Ese niño desnudo que contempla extasiado debe de ser una de sus obras.

Lo cierto es que ese carácter aparece ya tímidamente en su libro primero, *Hojas* (1905). Allí hay al menos dos composiciones que lo dejan entrever: una es la titulada precisamente «A Urania»; otra, «Champagne». La primera habla de lo «peligroso» que resultaría para «ciertas almas» «el contemplar esa brillante esfera/ en donde un ser eterno, omnipotente,/ con regueros de luz marcó sus huellas/ y con un alfabeto incomprensible/ el secreto exhibió de su existencia.» La segunda es un brindis apasionado: «Yo levanto mi copa/ y se la brindo llena/ a un mancebo desnudo/ de clásica belleza/ que me tiende los brazos, sonriente,/ entre el vapor de luminosa niebla./ Es el divino Baco/ que ha dejado el Olimpo por la tierra». Tanto la advertencia enigmática como la invocación fervorosa traslucen un tono de complicidad; hacen que Verdugo parezca un inicia-

do en ese «alfabeto incomprensible», lo que le permite advertir a un dios en un «mancebo desnudo».

Pero es en *Estelas* (1922), su libro segundo, donde la condición uranista de Verdugo se muestra más ampliamente. Su predilección por recrear figuras y ambientes clásicos —griegos, romanos— no conlleva las notas de exotismo —huero y excesivo— que caracterizan la obra de un contemporáneo suyo —Rodríguez Figueroa: supone, por el contrario, la implicación auténtica del poeta en concretas singularidades de ese mundo— que él exalta. Verdugo se aproxima al mundo clásico (ya en su fase decadente) con una actitud sinceramente «pagana», adoptando un tono de simpatía y reconocimiento incluso moral (o precisamente moral) no exento de complacencia: «soy un ser anacrónico, un pagano/ que en vergeles quiméricos se encierra». Esta condición suya no la asume sin conflictos: sociales unos, religiosos otros; pero su decisión los supera, o de una manera despectiva («¿Qué me importan los códigos sociales?» «Canto sensual») o simbólica: «y pones en la cima del Calvario/ la pagana deidad, bella y desnuda» («Solo»).

Para Verdugo el paganismo no es exclusivamente una ficción literaria o un motivo de conflicto intelectual: es, también, una realidad tangible; un dios le susurra: «El paganismo/ es algo más que un delicioso ensueño/ entre la bruma del pasado extinto.» («Mediodía de Mayo»). Aunque su pretexto literario sea el mundo de la historia antigua, los poemas reflejan obviamente su propio pensamiento, su deseo, su complacencia sensual. Verdugo anima en sus versos a algunos notorios homosexuales de la época (Antinoo, Heliogábalo) produciendo un poema de carácter reflexivo o narrativo en tercera persona, pero situándose él mismo muy próximo a la acción —de la que es cómplice evidente. La actitud del protagonista queda exenta siempre de cualquier prejuicio moral que suponga la existencia de escrúpulos o culpa. El protagonista actúa, y el poeta narra, con libertad y complacencia evidentes. El móvil definitivo de su impulso es la belleza— «la gracia que redime del pecado»; y eso lo

dice a propósito de Hermes, la escultura de Praxiteles, lo que confiere a su enunciado una significación inequívoca. Pero la belleza no está considerada aquí únicamente en abstracto, sino que se reencarna en un ser preciso cuyo paradigma es el citado Hermes. La aproximación que el poeta pretende a la estatua de Antinoo o a otras esculturas anónimas asume un carácter prometeico sensual: animarlas para amarlas: «Si el pantélico mármol se animara;/ si adquiriese calor la piedra fría; si ese divino efebo palpitara,/ como el César lo amó, yo le amaría». Porque la vida amorosa de Verdugo no se limita a ese sentimiento de poética platónica: otros seres vivos, de «clásica hermosura» semejantes a aquellos que él admira en el mármol, pasan y dejan huella en su vida y en su obra: ese joven que el poeta retrata recostado en un sofá del salón en penumbra («Rostro pálido y altivo/ de príncipe adolescente» «Boceto de retrato») o el gondolero de «ojos procaces»/ llenos de malicia y gracia» («En el golfo de Nápoles») son indicios poderosos de que la realidad de su uranismo lo condujo más allá de la estática admiración de la belleza masculina en mármol; su repulsa al amor carnal (véase «Las víctimas de Prometeo») acaso cediera en ocasiones. Probablemente esos adolescentes de «ambigua hermosura» aparecieron reales y tangibles en la vida del poeta como un «Dios muy joven/ condenado a vivir entre las gentes» según dice Verdugo de uno de ellos.

La inclinación amorosa de Verdugo no tendría otra importancia que su singularidad temática en el contexto de la poesía canaria —e incluso de la española— si junto a ella no ocurrieran unas curiosas —y fortuitas—, desde luego coincidencias con la poesía de Cavafis, constituyendo además un precedente de la de Luis Cernuda. Aparte del común gusto de los tres por el mundo clásico decadente —nacido aquí de su pareja actitud uranista— su unánime recurrencia a la «extranjería de la belleza» (la belleza adolescente transforma a quien la posee en un dios en exilio) la puntual referencia a Hermes (Verdugo-Cavafis) a las estatuas «her-

mosas y vencidas» como a una evocación de la superioridad y libertad del mundo antiguo (Verdugo-Cernuda), a Juliano, el Emperador apóstata, etc. son notas que conforman un paralelismo y una precedencia sugestivos, que sin necesidad de extralimitarlos (porque son muchas, también, las divergencias existentes entre la obra de estos tres poetas) parece interesante subrayar.

Cavafis trata a Juliano despectivamente (sus «reformas» le parecieron timoratas y ficticias. Verdugo, en el poema que le dedica —«Juliano el apóstata» publicado antes que en *Estelas* en la revista *Castalia* (15 de julio de 1917) y anterior por tanto al ciclo en que Cavafis se ocupa del Emperador— lo evoca más amablemente, disculpando su derrota frente al cristianismo. Sin embargo, en un texto autobiográfico, el poeta canario rectifica en parte su opinión sobre Juliano: su figura «no acaba de serme simpática, pues creo que sus ideales de resurrección pagana eran más de político que de artista». Verdugo coincide ahora con Cavafis en sospechar en Juliano la inexistencia de un auténtico propósito de restaurar el paganismo.

Con Cernuda puede establecerse incluso semejanzas de vocabulario, sintaxis, etc. Estos versos de Verdugo: «Mientras inmóvil, con inquietos ojos,/ veo el ara vacía,/ el agrietado muro rojo y ocre,/ las gradas carcomidas,/ y las columnas jónicas que muestran/ sus volutas de mármol entre ortigas,/ me parece que siento/ la marcha silenciosa de la vida,/ el paso de los siglos/ y el crepitar de la invisible pira/ donde la humana gloria/ en humo se convierte y en ceniza», tiene semejanza evidente con el tono de algunos versos de *Invocaciones* y de *Las nubes*. El «mancebo de clásica belleza» que Verdugo ansía abrazar es el mismo «radiante mancebo» que Cernuda adjudica al deseo de Lorca o el «mancebo hermoso/desnudo» que el artesano de Cavafis esculpe en una cratera de plata. Acaso esa singularidad del deseo produce una singularidad pareja de la forma expresiva, que se identifica por encima de profundas desemejanzas.

La actitud negativa de Verdugo hacia el matrimonio tiene también su correspondencia en la de Cernuda: «el aguachirle conyugal» que a Cernuda le parece la relación ortodoxa de una pareja tiene su traducción fiel en ese irreprimible spleen, ese aburrimiento feroz que Verdugo describe en el amor de unos jóvenes recién casados. Véase «Filemón y Baucis», una espléndida muestra de la corrosiva ironía de Verdugo.

Ciertamente Verdugo no llega tan lejos como Cavafis o Cernuda en el explícito reconocimiento de los sujetos de su amor: el que lo hiciera hasta el punto en que aparece su obra, y en una ciudad y tiempo como los suyos, da muestra de no poca audacia por su parte. Pero otros poemas de *Estelas* poseen el pretexto galante de que una mujer sea su destinataria; en los mejores la ambigüedad deja en suspenso el sexo del protagonista —si bien la recurrencia a ciertas reiteraciones cómplices de vocabulario— «pálido rostro adolescente», por ejemplo, acaso fuera una pista dejada por el poeta a la buena inteligencia del lector. De todas formas hay en *Estelas* algunas piezas de significación evidente que bastan para marcar la condición uranista del autor.

Quizás no sea arriesgado ver en esa disposición amorosa de Verdugo su posterior retraimiento de la poesía. El no poder expresar de una manera abierta y sincera sus sentimientos acaso produjo en él una voluntaria —o involuntaria— sequedad creadora. (El hecho de que no escribiera una obra «secreta» implica posiblemente la condición involuntaria de su esterilidad). Después de *Estelas* sólo publicó *Burbujas* (1931) y *Huellas en al páramo* (1945) libros que en absoluto están a la altura de aquél; el primero, formado por unos 200 poemas breves, es un desahogo irónico donde el poeta libera todo el rencor y toda la frustración que le causaba la sociedad en que vivía; el segundo es una recopilación de poemas de circunstancias (algunos de fecha anterior a *Burbujas*) sin otro interés que el de la curiosa indagación arqueológica, aunque los sonetos dedicados a La

Laguna contengan esa cansina emoción sentimental, teñida de tiempo y piedra, que la literatura ha volcado sobre la antigua ciudad de los Adelantados.

La presente selección de la obra poética de Manuel Verdugo se nutre principalmente de *Estelas*: este libro se ofrece en su integridad. Aunque no todas sus composiciones sean igualmente valiosas, se ha preferido conservar incluso aquéllas de menor entidad. Así el lector tiene a su alcance el conjunto completo del libro máximo de Verdugo, con su diversidad de registros, y podrá advertir la variedad y riqueza de éstos, aun en las inevitables piezas menores que siempre acoge un libro de poemas.

De *Hojas* y de *Huellas en el páramo* se incluye una breve selección. Del primero se han salvado los poemas que parecen anunciar el tono y los temas de *Estelas*, y del segundo, aquellos que intentan prolongarlos. Se ha prescindido de todo lo circunstancial y anecdótico —abundante en *Huellas en el páramo*— y, con respecto a *Hojas*— de versos que parecen respirar aún la atmósfera de un tardío romanticismo, y de un repudiado modernismo, no bien asimilados, por Verdugo.

Burbujas es un libro de ingenio más que de poesía. Aun así, y casi como curiosidad humorística, se han seleccionado varios de sus epigramas. Por cierto: algunas de esas composiciones aparecían ya en *Hojas*. Verdugo fue siempre un poeta adicto al uso de la ironía y de la sátira. Pero mientras en *Estela* esos componentes tienen en la totalidad del poema una flexión limitada y eficaz en su adecuada traducción estética, en *Burbujas* sólo alcanzan a producir una cierta gracia, siendo muy precaria la forma poética de que se revisten. El intento de Verdugo no parece distante del de las celebradas *Doloras*, de Campoamor —poeta por el que Verdugo sintió una explícita admiración—.

LÁZARO SANTANA

De
HOJAS

DE MI CARTERA

¡Qué dichoso sería
si tan sólo pensara en el presente,
y pudiera arrojar en un bostezo
todo el hastío de mi vida estéril!

Si en el alcohol hallara esas tinieblas
que obscurecen la mente
y el odioso cadáver del pasado
en ellas sepultara para siempre...

¡Qué difícil borrar con una mueca,
los surcos que el dolor marca en la frente!
¡Imposible, sintiéndose vencido
volverse a levantar, altivo y fuerte!

Y pensar que es tan fácil
aparecer sensato ante las gentes,
sólo con transigir con sus mentiras,
y, sin protestas, acatar sus leyes...

No desmayes, espíritu cansado;
oculta tu dolor si desfalleces,
nunca exhales las quejas
que el vulgo ha de escuchar indiferente.

Yo, en mi anónima lucha por la vida,
he de morir ante la turba imbécil
sin volver la cabeza con desprecio,
mirándola tranquilo frente a frente.

CHAMPAGNE

¿Y por qué he de estar triste?...
Venga el rico *Champagne*, dorada espuela
que hace correr mi pensamiento loco
por el campo ideal de las quimeras.

Rayo de sol risueño
que derrite la nieve de mis penas,
y el porvenir sombrío
envuelve en claridad de primavera.

A tu mágico influjo, de la copa
veo surgir el rostro de una bella;
un rostro blanco, con cabellos rubios,
de ojos azules, con mirar de Ofelia.

Yo aproximo el oído
a su boca bermeja
y una voz que conozco,
entre sonoras risas, me recuerda
una historia galante
que duró lo que dura una camelia...

Quiero besar, ansioso, aquel fantasma;
cojo la copa que en mi mano tiembla
y la grata visión se desvanece...
Mas pronto el claro líquido chispea
y flota entre reflejos de topacio
el gracioso perfil de una morena.

¡Ah, qué bien te conozco,
pobre niña traviesa!

Yo te amé hasta el delirio
porque en ti era un encanto el ser coqueta.

¿Por qué han de censurarte tu inconstancia?

¿Acaso reflexionan las muñecas?...

¡Con qué mohín de enfado,

con qué adorable mueca

viste correr mis lágrimas, un día

que mancharon tu traje con su huella!...

Apuremos el vino;

que tu imagen también se desvanezca;

quiero que surjan otras

que en mí provoquen sensaciones nuevas.

Y bebo. Bebo más... el tiempo pasa

y el desfile fantástico no cesa...

¡Cuántos rostros que he visto o he soñado,

a los reflejos de la luz eléctrica

cual raudo torbellino de burbujas

en las paredes del cristal se quiebran!

y llegan hasta mí, desde muy lejos,

como notas perdidas de una orquesta,

estallido de besos; carcajadas,

susurro de promesas,

tintineo de joyas,

y crujido de sedas...

Todos estos rumores van creciendo

y al fin estalla un himno a la existencia;

un himno audaz; sus inflamados sonos

hacen arder la sangre en nuestras venas...

Yo levanto mi copa

y se la brindo llena

a un mancebo desnudo,

de clásica belleza,

que me tiende los brazos, sonriente,

entre el vapor de luminosa niebla.

¡Es el divino Baco

que ha dejado el Olimpo por la tierra!

EL JARDÍN DESIERTO

Sólo el pálido disco de la luna
ilumina el jardín abandonado,
recinto consagrado
a una diosa de mármol, que entre rosas,
en un lecho de musgo se reclina,
y ve copiar su desnudez divina
a las aguas del lago, temblorosas.

Ella es la reina allí; oye impasible
de oculta fuente el misterioso llanto;
no la conmueve el canto
del ruiseñor, perdido entre las flores,
que en la apacible noche silenciosa
le dedica su endecha melodiosa,
le habla de dichas y le brinda amores.

Aquella blanca estatua solitaria
simboliza el olvido y la tristeza;
en parte, su cabeza
manchan las sombras de árboles vecinos,
y fingen en su rostro una sonrisa
cuando tiemblan las hojas, por la brisa
que gime entre los sauces y los pinos...

¡Qué hermoso debe ser vivir aislado,
y en un rincón ameno y escondido
dormir en el olvido
como la estatua del jardín desierto;
sin ambición de goces ni fortuna,
bebiendo la poesía de la luna
en su pálida luz de mundo muerto!...

EL POETA Y LA INDIFERENTE

Te burlas del artista que te adora,
del que al mirar tu espléndida hermosura,
imagina gozar, en su locura,
las promesas de dicha que atesora.
Indiferente, altiva y seductora,
labras con tu desdén su desventura,
y lo que es para el mar la peña dura,
eres para el amor que le devora.
Tanto reíste de su amante anhelo,
con tal cinismo tu mirada le reta,
que se apresta a la lucha, acepta el duelo;
tu actitud impasible no le inquieta.
¡Has de fundirte, corazón de hielo,
ante el alma abrasada del poeta!

DESPUÉS DE UN AÑO...

Como se pierde en misteriosos ecos
el lejano tañer de una campana;
cual se extingue con pálidos reflejos
la luz agonizante en una lámpara,
así se desvanece tu recuerdo,
así muere en mi alma
aquel amor que yo creía eterno,
y que tal vez mañana,
si pienso en él, exclamé: ¡pobre insecto,
te has ahogado en el fondo de una lágrima!...

LA MÁRTIR

En estrecho ataúd está tendida,
a la luz macilenta de los cirios;
no turban su reposo los delirios
que envenenan los sueños de la vida.
Por un nimbo de flores circuida,
como premio otorgado a sus martirios,
se ve su faz, más blanca que los lirios,
de expresión resignada y dolorida.
Ya descansa. Cesaron los dolores...
Pasa un rayo de sol resplandeciente
a través de los vidrios de colores,
llega a la pobre muerta sonriente,
y resbalando en las marchitas flores,
pinta un iris de paz sobre su frente...

A URANIA

Como también el cielo nos engaña,
detesto el resplandor de las estrellas
y las noches azules y apacibles;
quiero noches sin astros, noches negras,
en que copie fielmente el firmamento
este fondo que llevo de tinieblas.
Es peligroso para ciertas almas
el contemplar esa brillante esfera
en donde un ser eterno, omnipotente,
con regueros de luz marcó sus huellas
y con un alfabeto incomprensible
el secreto escribió de la existencia.
Tengo miedo a mirar ese infinito.
¡Cuántas mentidas luces centellean
atrayendo la mente del incauto,
que en sus bellos cambiantes se recrea!
¡Faros malditos: entre opuestas dudas
la fe vacila cual su luz incierta!
Cuando busca la lucha el pensamiento
con el oculto enigma que le reta,
y con afán les pide sólo un rayo
para encontrar de la verdad la senda,
siguen brillando en su región ignota,
con altiva y soberbia indiferencia;
el pabellón inmenso de la noche
su incomparable majestad despliega
y el pensamiento, sin luchar, se rinde

ante tal aparato de grandeza;
la razón es el arma de combate
y parece tan pobre, tan pequeña...
Si es que brilláis en el umbral del cielo
bellas antorchas, ¡cuánto desconsuela
contemplar vuestra luz inextinguible
de otra lumbre inmortal, reflejo apenas!
¡De la que ha adivinado el alma humana
y quiere hallar, para abrasarse en ella!
¿Por qué refinamiento de egoísmo
le negáis el calor al alma yerta?
¿Por qué, al interrogaros, anhelantes,
dejáis nuestras preguntas sin respuestas?
Sólo cuando la suerte, sus encantos
al hombre ansioso de gozar entrega
y éste, avaro de dichas, se pregunta
cuánto duran los goces en la tierra,
si dirige a los astros la mirada
tal vez responda fugitiva estrella.
Pálidos rondadores del vacío,
del infinito, mudos centinelas:
¿Contempláis nuestro viaje sin reposo?
¿Veis acaso el fantasma de un planeta
que atraviesa el espacio, vacilante,
cargado de dolores y miserias?
Es la prisión donde el linaje humano
contra su duro sino se revela;
donde exhala, impotente contra el cielo
el clamor incesante de sus quejas.
¿Tan insensibles sois que no os conmueven?
¿Que vuestra estoica impavidez no alteran?
¿O estáis tan lejos que el clamor se extingue,
sin llegar nunca a esa región serena?...
Si es así, que se apague vuestro brillo;
surjan opacas nubes, densas nieblas,
para borrar ese remoto cielo
que es un sueño no más, una quimera.
Queme el hombre el incienso en sus altares

hasta aturdirse entre la nube espesa,
y oculto tras un velo impenetrable
siga el globo entre sombras su carrera...
Y cesa de elevarte, pensamiento,
por la espiral sin fin de las ideas.
¿De qué te ha de servir, en tu delirio,
desprenderte un momento de la tierra?
¡Pobre globo cautivo, si aunque subas
te es forzoso otra vez volver a ella!...

BURBUJAS

I

Con sin igual cinismo
el grotesco arlequín del modernismo,
profana el santo altar de la Poesía.
¿Y no mandas, Señor, un cataclismo?
¡Yo espero otro diluvio todavía!

II

Felicidad conyugal
¿existe? Yo no lo creo.
Vamos, que me causa risa
esa historia de Artemisa
y Mausoleo.

III

Entre abrazar a un hombre varioloso
o estrecharle la mano a un majadero,
prefiero lo primero;
es menos peligroso,
y no estoy vacunado. Soy sincero.

De
ESTELAS

A JACINTO BENAVENTE

Acepta, Príncipe de las Letras, el homenaje de estos versos firmados por quien desertó del «palenque literario». Soy, como sabes, el caballero que, calada la visera, partió hacia tierras remotas con un magnífico escuadrón de quimeras.

Y he vuelto solo...

Sólo con este libro que pongo en tus manos.

MANUEL VERDUGO.

Somos la estela de la nave cuya entidad material no permanece la misma en dos momentos sucesivos, porque sin cesar muere y renace de entre las ondas; la estela que es, no una persistente realidad, sino una forma andante, una sucesión de impulsos rítmicos que obran sobre un objeto constantemente renovado.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Un lírico, sin dejar de ser lógico, puede ser escéptico en horas de desaliento, y optimista en sus momentos de esperanza. A un artista sólo se le puede exigir que el fondo de sus obras sea esencialmente humano.

CAMPOAMOR.

VISIONES

I

Por el hosco paraje,
por ese campo desolado, yermo,
donde las almas sin amor dormitan,
ha cruzado una ráfaga de ensueño.
Insólito repique,
como un *hosanna!* sacudió el silencio;
leve tamo de oro
flotó en el aire con fulgor de incendio;
invisibles semillas germinaron,
y una alfombra de rosas cubrió el suelo.
Fue inesperada aurora,
un hálito estival en pleno invierno,
un rayo de alegría
inflamando una atmósfera de tedio...

Turbando aquella fiesta de las almas,
que en fantástico Edén trocó el desierto,
un árbol solitario
alzaba el tronco retorcido y seco,
extendiendo sus ramas
como dos brazos implorando al cielo;
y a su sombra maldita,
mi pobre alma continuó durmiendo.

II

Pensamiento, severo peregrino
a cuya suerte me ligó el Destino:
¡déjame solo ya, que estás cansado!...
Caí. La caravana en que he marchado
se perdió en los confines del camino.
Estoy abandonado.
Me queda el alma dolorida y mustia...
¿Que adónde voy, preguntas con angustia?
No lo sé; no me importa:
volver no puedo al punto de partida...
¡Tal vez corro hacia el linde de la vida
por la senda más corta!

III

EL ALCÁZAR CERRADO

Una extraña ilusión ronda la puerta
de mi palacio de cristal y oro,
sepulcro de quimeras, ¡mi tesoro!
Incauto corazón, estate alerta...

Si tu desvelo a sorprender acierta,
tal vez huya la sombra por quien lloro,
imagen ideal, en la que adoro,
de otra bella ilusión que yace muerta.

Me basta para el resto de mi vida,
evocar el recuerdo de una hora,
¡hora encantada que pasó en seguida!

Infeliz, corazón desengañado,
advierte a la importuna rondadora,
que mi alcázar por siempre está cerrado...

IV

EL ALMA Y EL CUERPO

El muñeco de barro
que al espíritu guarda prisionero,
es un déspota débil
que a veces ruga como fiera en celo.
—Si tú eres inmortal—le dice al alma—
yo tampoco perezco.

Quiero ser codiciable,
y sirviendo la muerte a mi deseo,
en apariencia sólo me destruye:
incesante renazco y me renuevo...

El transitorio bien es máspreciado,
lo que no tiene fin, produce tedio:
fugaces son las flores y la infancia,
y por ser pasajeros,
las rosas y los niños
nos parecen tan bellos.

En mi vergel escojo los capullos,
aspiro sus fragancias, y no pienso
si aquellas flores se marchitan pronto,
si el aroma es veneno...

Contempla las pirámides de Egipto,
parodia de lo eterno:
no tienen los encantos
que la curva gentil de un vaso griego.

Un Apolo de mármol, frágil forma,
en su triunfante desnudez prefiero
a la visión inmensa de los mares
y al piélago infinito del desierto...
¿Por qué desdeñas la hermosura humana?
¡Maldigo tu desprecio!
Es para el alma la carnal belleza
lo que bella palabra al pensamiento;
si tanto amas a Dios, alma del mundo,
tienes que amar también al Universo;
¡y en la tierra se apoya la rodilla
para postrarse y adorar al cielo!

V

HACIA LA BELLEZA

Sobre plácido mar cobalto y plata,
el cielo tiende su velario azul,
en cuyas orlas de oro, el sol que muere
dilata la hemorragia de su luz.

Por el piélago móvil de la ondas
raudo cruza magnífico bajel,
son sus velas de púrpura, y el casco
refulge de la popa hasta el bauprés.

Entre guirnaldas de fragantes rosas
conduce bardos de mirar febril,
y doncellas de labios encendidos
hechos para besar y sonreír.

Ardiente brisa atlántica lo impulsa;
lo protege la diosa del Amor;
un poeta de lauros coronado
coge, altivo, la caña del timón.

Inexperto piloto, nauta iluso,
de ojos tristes, inquietos como el mar,
que no miran la nube ni el escollo,
habitados a ver la inmensidad.

Al trémulo lucero vespertino
alza su noble frente de marfil,
y ante la muda soledad grandiosa,
con vibrantes acentos dice así:

¡Oh, poetas, resuenen vuestros cantos!
La lira es talismán del timonel...
¡Nunca se apague nuestra voz sagrada!
¿Dónde iremos cantando?... ¡No lo sé!

Vamos quizás al continente ignoto,
hacia selvas remotas, a calmar
la sed inextinguible de belleza
en oculto y perenne manantial.

Acaso vuestras ávidas pupilas
columbren el jardín encantador
que al infame conjuro del pecado
como sueño imposible se borró.

No es la Estrella del Norte la que fija
nuestro rumbo ideal; hay que seguir
la cola llameante de un cometa
en su viaje quimérico, sin fin.

Siempre puestos los ojos en la altura,
atentos al celeste resplandor,
Reyes Magos sin cetro y sin corona,
vamos en busca de Enigma-Dios.

¡Henchid las velas, ráfagas de ensueño!
¡Avance libre nuestro barco audaz,
y que borren las olas fugitivas
la blanca estela que dejó detrás!

En esta nave frágil se halla todo.
Perlas descubren los que saben ver.
Para el que sueña lo mezquino es grande,
y en oro se transforma el oropel.

Cuando se amargue el vino en vuestro vaso,
no miréis la salobre inmensidad:
hay dulcísimos labios entreabiertos,
labios en flor donde poder libar.

Si la niebla traidora nos envuelve,
o veis sólo tinieblas en redor,
¡hay pupilas de sombra que robaron
ígneos destellos a la luz del sol!

Corazones enfermos y ateridos:
brisas glaciales soplarán tal vez;
mas la mágica llama que os reanime,
tras un pecho de nieve la hallaréis...

Canta el mar la canción del desaliento
cuando no ruge retador u hostil;
pero hay ritmos celestes, inefables,
que el alma escucha replegada en sí...

Ahora duerme el océano tranquilo...
Ya no brilla la luz crepuscular...
Nuestro buque fantasma se desliza
retando a la naciente obscuridad.

Nos absorbe la noche tenebrosa...
Volemos a su arcano sin temor:
¡ortos de nuevos astros adivino,
nuevas constelaciones, nuevo sol!

Alguien gritó, al partir, desde la orilla:
«Argonautas intrépidos, ¡tornad!;
el amor y los sueños pesan poco;
vuestro hermoso bajel se perderá.»

Y yo repuse con sonoro acento,
con ardiente entusiasmo juvenil:
El peligro respeta a los audaces,
¡quede la tierra firme para ti!

Te cedo mi heredad, humilde huerto
que trocése a mis manos en vergel:
Veo las tuyas arrancar sus flores
y de trigo sembrándolo después...

Horizontes inmensos nos atraen
velados para seres como tú:
¡Recoged las cosechas y dejadnos
conquistar el Imperio de lo Azul!

VI

A la suave caricia de una luna de estío
el paisaje se duerme. Hasta el inquieto río

refrenó su corriente anhelando descanso
y parece que sueña en el claro remanso...

Es la hora propicia a las meditaciones,
para vosotros, tristes, turbados corazones;

ilusos caballeros de la dama Imposible,
que cerráis vuestros ojos para el mundo visible,

y sólo veis lo inútil de vuestra estéril vida
cuando buscáis, llorando la juventud perdida.

Cuando el marchar os cansa, y al buscar una mano
que si caéis os alce, comprendéis que es en vano;

y halláis como calmante para la sed ardiente,
en vez del claro chorro de la soñada fuente,

el amargor del fruto que se llama experiencia,
que envenena las almas y atrofia la conciencia...

Es nuestra hora, tristes, turbados corazones:
es la hora inefable de las meditaciones;

pero no de rendirse. Yo no sé qué presiento...
No contempléis el polvo; mirad el firmamento:

Todo ese espacio inmenso, cuanto la vista alcanza,
lo pobló de promesas nuestra loca esperanza.

¿Veis aquel cementerio miserable, mezquino,
como una mancha negra al final del camino?

Más allá de sus muros brilla una luz, muy lejos...
Marchemos mientras brillen sus pálidos reflejos.

VII

SACRAS CEGUERAS

A Andrés González Blanco

Persiguiendo fantástico espejismo,
por el llano atajé, de mi existencia,
apagando el fulgor de la conciencia
para no ver la sombra de mí mismo.

Busco cimas de luz en negro abismo;
alza frágiles torres mi demencia,
y por cada ilusión, en la experiencia
tiene el mundo moral un cataclismo.

¿Adónde dirigir nuestra mirada?...
Es preferible para el alma herida,
a contemplar miserias, no ver nada.

¡Acaso lo ideal es verdadero,
si se mira la sombra de la Vida
con los ojos de Milton o de Homero!

VIII

EN EL REINO DE LA POESÍA

Llantos de eunuco, tonos de elegía,
trinos de flauta, música incolora...
¿Qué acento exaltará la Poesía?
¡No hay una voz profética y sonora!

Como en noche polar, alba tardía,
presentimos tu luz consoladora:
¡venga el fecundo resplandor del día!
¡Surja el himno de fuego de la aurora!

Inspiración viril, robusta, sana,
no la débil que lánguida suspira,
requiere nuestra musa castellana.

Yo percibo en la sombra —sueño acaso—
ecos remotos de ignorada lira,
y el galope triunfante de *Pegaso*...

IX

EL POETA-CAUDILLO

Paladín del ensueño, sin ventura,
retas al vulgo con la voz airada,
al que se mofa de tu frente pura
de laureles y espinas coronada...

Tan hermosa, cual frágil, tu armadura
no resiste los golpes de una espada;
al fin has de caer con tu locura
en hipócrita guerra solapada.

Dispuesto a sucumbir sin entregarte,
tremolas como lábaro fulgente,
impoluto ideal de Amor y Arte...

¡Muere, como caudillo de tu bando,
y a la cobarde turba indiferente
muestra tu heroico corazón sangrando!

X

DESTINOS

Dos almas indomables, rectas, frías,
recorren de la Vida los senderos;
en cierto instante, por fatal impulso,
las dos se cruzan como dos aceros.

Después se apartan, para siempre acaso,
a cumplir impasibles su destino;
pero la chispa que brotó del choque
mata una flor humilde del camino...

XI

CIELO ESTRELLADO

Turbadora visión de lo infinito,
sideral, deslumbrante luminaria,
si te contemplo, mi rebelde grito
se transforma en acento de plegaria.

De aquella fe pueril, fuego bendito;
de aquella ofrenda, por mi mal precaria,
restos conserva el corazón marchito
como ceniza en urna cineraria.

Llagado por cilicio de pesares,
a veces nimbo mi cansada frente
con un halo de ensueños estelares...

¡Dicen que el cielo es mudo! Y cada estrella
me pregunta, temblando, tristemente:
¿Qué has hecho de tu fe?... ¿Qué harás sin ella?...

XII

MI TAPIZ

Retazos de esperanzas y recuerdos
forman rico tapiz, que es mi tesoro.
Lo real y fantástico, en su trama
el ensueño tejió con hilos de oro.

La indiferente luz de muchos soles,
la sucia polvareda del camino,
destruyendo los mágicos matices
han borrado su encanto peregrino.

Ahora son los recuerdos incoloros,
una pálida mancha del pasado;
las esperanzas rotas, desgarradas,
con mezquinos remiendos he tapado.

A veces, solitario y desdeñoso,
en el viejo tapiz me envuelvo y río...
¿No habéis visto un monarca loco y pobre,
bajo el manto de Rey, temblar de frío?

XIII

*La única cosa sería que hay en
la vida es una voluntad.*

EMERSON.

No es la fatalidad, la suerte, el sino,
quien te debe escribir, página blanca
de mi vida futura... ¿No es la franca
libertad de mi acción poder divino?

El que quiere triunfar, de su camino
la mustia flor del desaliento arranca;
¡mi férrea voluntad es la palanca
que ha de forzar la puerta del Destino!

Esto pensé; y a mi animoso empeño,
como a conjuro mágico en un sueño
miré entreabrirse la inquietante puerta;

me vi tendido en el umbral, cansado...
y, cual despojo inútil, a mi lado,
mi pobre voluntad estaba muerta.

XIV

EL ROMERO

Se bifurca el sendero solitario...
¡Qué insólita belleza en el paisaje!
En el vago horizonte no percibo
las denegridas torres del santuario...
¡Cuán remoto está el término del viaje!

Y el bordón de mi fe de aspecto muda;
es al presente un raro caduceo:
a él enroscadas, temeroso veo
la parda viborilla de la duda
y la encendida sierpe del deseo.
Dejaré entre zarzales
de la virtud la abrumadora carga:
¡es tan corto el rellano de la vida,
y la escalera de Jacob tan larga!...

Mi severo sayal de penitencia,
antaño del color de mi conciencia
—un gris indefinible—, se ha trocado
en clara veste; su matiz dorado
a los besos del sol alegre brilla...
¡Oh, reflejo encantado,
penetra de mi ser en el abismo
—inexpugnable cárcel de mí mismo—,
e ilumina la culta maravilla,

que hoy contemplo mi alma cual si viera
surgir de un campo yermo de Castilla
un carmen andaluz en primavera!

Han despertado tus dormidos gérmenes
con fausto deslumbrante, corazón:
Hay purpúreos claveles, y jacintos
que semejan estar en sangre tintos,
flores congestionadas de pasión;
y hay magníficas rosas
en sus débiles tallos inclinadas
que esperan, ruborosas,
de sus propios perfumes embriagadas...

Y por este vergel, todo prodigio,
diríase que pasa un sopro ardiente,
saturado de aromas del Oriente,
que al agitar las hojas y las flores,
bajo la claridad del mediodía
enciende loca orgía
de murmullos, fragancias y colores.

No ha muerto el ruiseñor de la esperanza...
Una noche calló: traidora flecha
quiso cortar su estrofa cristalina,
y puso el comentario de un silbido
a la canción divina.

En vano el mal acecha...
¡En mi jardín florido,
el pájaro escondido
canta otra vez la interrumpida endecha!

No columbro las torres del santuario
en el fondo remoto del paisaje...
¡Qué lejos está el término del viaje!
¡Y cuán cerca me encuentro del pasado;
el que crucé en frenética carrera

asiéndome a las crines del pecado,
siguiendo el rastro azul de una quimera!
Ahora tiemblo anhelante...
Creo sentir detrás de la espesura,
en la muerta aridez de la llanura,
el galope sonoro
de aquella mi veloz cabalgadura.
¡Dadme de nuevo mi espolín de oro!
¡Vuelve a la vida espíritu lozano!:
el bordón de tu fe se transfigura,
y en mi trémula mano
ya no es el inquietante caduceo,
¡es un tirso pagano!
Y mi estupor con el milagro crece:
el severo sayal de peregrino
en harapos de luz se desvanece...
En mitad del camino
estoy solo, desnudo,
arrodillado bajo el sol radiante
que con besos de fuego
acaricia mi carne palpitante...

XV

A BORDO

A Roberto Cea

«¡Borrasca!»: ruge fiero el oleaje
al chocar con el casco estremecido;
lo repiten con hórrido silbido,
las ráfagas de viento en el cordaje.

No tiembles, capitán... Sigue tu viaje,
y atado al mástil, si te ves perdido,
trueca en viril acento tu gemido,
y canta, canta entre el clamor salvaje.

Igual es navegar con rumbo incierto,
que seguir una ruta larga o corta;
no hay al fin de la vida más que un puerto...

Todas las naves van sobre el abismo.
Bajos, nieblas, rompientes..., ¿y qué importa?
Huracanes o calmas... ¡Es lo mismo!

XVI

EN EL MANICOMIO

En sus manos crispadas, el demente
apoyaba la frente.

—Toda mi vida—dijo con violencia—,
amontonando tierra en mi conciencia,
¡y siempre está insepulto aquel recuerdo!
¡Qué trágica demencia!
Y hay quien piensa lo mismo y está cuerdo...

XVII

VÉRTICES LUMINOSOS

Jehová, Zeo, Jesús: Ígneo tridente,
magna constelación —triángulo inscrito
en el cero que abarca lo infinito—:
¡Pon un crisma de luz en cada frente!

La Humanidad bosteza indiferente,
hallando el lirio de la fe marchito...
Ni áurea leyenda ni sagrado mito
surgen ya, como antaño, del Oriente...

¡Jehová, Zeo, Jesús!: Voz angustiosa,
ve a perderte en la noche silenciosa...
¡No hay un eco en la tierra para ti!

Bajo el cielo, sediento de plegarias,
yerguen sus cumbres mudas, solitarias,
el Gólgota, el Olimpo, el Sinaí...

BUENOS CONSEJOS

I

Sigue tu ruta con prudente paso.
No tengas el ridículo desplante
de retar a la Vida: guarda el guante
y también las espaldas, por si acaso...

Siempre que tengas sed, bebe en tu vaso.
Recuerda en las pendientes, caminante,
que es muy fácil trocar en *Rocinante*
—si le cortas las alas— a *Pegaso*.

¿El amor a la gloria? Amor esquivo
cuyo póstumo fruto al necio asombra:
mejor que muerto ilustre, es... ser un vivo.

Cuando el candil de la experiencia alumbra,
la cabeza de Hamlet está en sombra,
el vientre de Falstaff en la penumbra.

II

Compara la amistad de cierta gente
con alguna sustancia venenosa:
a minúscula dosis, conveniente;
pero a dosis crecida, peligrosa.

Atropella al incauto, al inocente,
al sincero con alma candorosa;
por alcanzar el lauro, finge y miente;
si te estorba el rosal, caiga la rosa...

Sigue, pues, la comedia y el engaño,
destacándote siempre del rebaño,
actuando siempre de primer actor;

que en el teatro de la humana farsa,
antes que hacer papeles de comparsa
es preferible ser espectador.

III

Si todo está dispuesto por el sino,
si él rige hasta los actos más triviales,
entre todos los libros inmorales
ninguno como el *Libro del Destino*.

El muy amado sexo femenino
fue el origen fatal de nuestros males...
Procura tropezar, aunque resbales,
con la bíblica poma en tu camino.

Y libre de pesar y de inquietudes,
intenta con varita de *virtudes*
encantar a la serpe tentadora.

¡Ninguno más feliz que el imprudente
que se duerme tranquilo y sonriente,
reclinado en la caja de Pandora!

IV

Vencen la habilidad y la malicia
en nuestra eterna y desigual batalla.
¡Burla el ágil florete del canalla
el mellado espadón de la Justicia!

Si alguna tregua en el luchar se inicia,
yérguese majestuoso en la muralla
un presunto Demóstenes... que calla
o un enfermo de crónica estulticia.

Casi todos —soldados mercenarios—,
nos tenemos por héroes legendarios...
Alguien de una proeza se hace un par...

Y asistiendo a tan hórrido combate,
¿tu corazón impávido no late
con ansia irresistible... de escapar?

V

Para vencer toda moral es buena
Entre la hipocresía y el cinismo
hay que buscar el Bien... en un abismo,
y es harto peligrosa la faena.

Rompe sin vacilar toda cadena,
pero sé fiel esclavo de ti mismo:
nada más en razón que el egoísmo
sacando el ascua con la mano ajena.

Si eres torpe no sueñes (hoy la vida
tenemos los mortales definida
en forma discrepante a Calderón),

y si te sobra, por mal, talento,
pon camisa de fuerza al pensamiento
y una cota de hierro al corazón.

VI

Vive, sin añoranzas del pasado,
tu presente (que no es vivir al día).
Quien siguiera un sendero, ¿quedaría,
por contemplar sus huellas, rezagado?

Goza como epicúreo refinado,
y si la estepa del deber te hastía,
engalana con rosas de alegría
los jardines ocultos del pecado.

Si fueres ambicioso, ten paciencia;
ármate de sutil desconfianza
y aflójate el dogal de la conciencia.

Con tesón y con fe todo se alcanza...
¿Y para qué luchar, si la existencia
más corta suele ser que la esperanza?

MOSAICO

NARCISO

En el jardín, Narciso, adolescente,
reposa, solo, en desnudez divina;
con gracioso abandono se reclina
sobre el borde musgoso de una fuente.

En el agua tranquila, transparente,
ve copiada su carne alabastrina,
y el insensato, estremecido, siente
que un anhelo imposible le domina.

En vano lleva el viento hasta su oído
el apagado, trémulo gemido
que lanza Eco al verse despreciada.

Él, desdeñoso, corazón de roca,
al líquido cristal junta la boca
para besar su imagen reflejada.

AMOR

Definir el Amor... Será posible
cuando se pueda disecar un beso,
encerrar en un molde lo intangible
y de un suspiro conocer el peso.

Dejemos que el Amor, dulce o terrible,
sostenga el mundo entre sus alas preso.
¿Es hermoso, gentil, grande, invencible?
Definir es pensar, y amor... no es eso.

Hay fuerzas triunfadoras de la muerte,
emanadas de Dios, como Él, sin nombre,
y el Amor, entre todas, la más fuerte:

¡vórtice de atracción a lo divino,
que la infinita pequeñez del hombre
arrebata en su inmenso torbellino!

A LA CAMPANIA

A don Juan Vázquez de Mella

Las almas visionarias, a la Belleza fieles,
se olvidan de la prosa del traficar humano
y sueñan con tus bosques de mirtos y laureles
donde vaga la sombra del ideal pagano:

Espíritu adorable de tu esplendor remoto;
bellísimo fantasma que en el silencio pena
y llora solitario mirando el tirso roto,
ciñendo la marchita corona de verbena.

Bajo el radiante cielo, que es tu eternal sonrisa,
jugando con las vides del encendido monte,
parece que susurra la perfumada brisa
la estrofa tentadora del viejo Anacreonte.

Los mitos anidaron en tu vergel: rientes
acuden ahuyentando negruras de mi exilio,
si evoco las visiones de los campos ardientes
que inflamaron la lira suprema de Virgilio.

¡Pómpeya!... ¡Cómo adoro su remembranza triste,
su inmensa paz medrosa de tumba profanada!
¡Qué doloroso anhelo por lo que ya no existe
despiertan esas ruinas de majestad sagrada!

Allí el pasado surge real y palpitante;
soberbia se alza Roma del polvo de aquel suelo:
¡por él cruzó la sombra del águila triunfante
que desde el Capitolio tendió su magno vuelo!

*Portici, San Giovanni, Pompei, Torre Annunziata,
Castellamare, Vietri*, rincones venturosos,
cual notas inconexas de lúcida sonata
repite vuestros nombres risueños y armoniosos.

Hay sílabas que tienen la magia evocadora
de blancos caseríos y fértiles campiñas...
Tu solo nombre alegra, Campania seductora,
como tu sol y el néctar dorado de tus viñas.

Nostalgia acaricio de Capri, de Sorrento,
la que adoraba Tasso, la de belleza agreste,
que se durmió encantada al ósculo del viento
sobre el azul del golfo, bajo el azul celeste...

Napolitanos ecos aún vibran en mi oído,
en la nocturna calma melódicos cantares,
acentos de sirena que brindan el olvido,
avivan los deseos y aduermen los pesares.

Una apacible noche, mi corazón cansado
—de nuevas amarguras, de viejas ansias lleno—,
abrióse a la esperanza, lucero del pasado,
mientras la luna plena rielaba en el Tirreno...

VENUS CENTELLEA...

En el huerto apacible del vetusto convento,
sobre el brocal gastado del pozo se reclina;
la mirada nostálgica de la monja examina
el muro, frágil valla para su pensamiento.

A la luz de la tarde otoñal que declina,
una lágrima humilde resplandece un momento;
¿suspira madrigales, o acaso llora el viento
por el rosal, marchito bajo la vieja encina?...

El tañido del *Angelus*, temblando se dilata
como grito de angustia en el sereno ambiente;
el crepúsculo baña en reflejo escarlata

el rostro de la monja... Su labio balbucea
una súplica estéril al cielo indiferente,
donde el claro diamante de Venus centellea.

JUNTO A UN ALMA INQUIETA

Cae la tarde azul... ¿No te parece
que en la atmósfera tibia y perfumada
la esencia de tu ser se desvanece?...
Ante el desmayo de la luz dorada,
bajo el laurel frondoso,
¿no sientes al fantasma de la nada
disipar tus quimeras de ambicioso?...
Torna la vista audaz a la ilusoria
nube triunfante en el celeste espacio...
¡Dejemos que repose la memoria
en algún verso del prudente Horacio!
Busca la calma de tu propia selva,
sonríe a todo vanidoso empeño
y que la perla de tu heroico ensueño
en tu colmada copa se disuelva...

Hoy duerme mi Señor el Egoísmo,
y a través de un amable panteísmo
veo el can que me ladra con recelo
—¡fiel «amigo del hombre»!...—, y el sonoro
pacífico rebaño que se aleja;
veo el reptil, el zángano y la abeja,
el sucio charco al que transforma el cielo
en cerúleo tesoro,
la humilde yerba, los trigales de oro
y la paloma cándida que tiende
su vuelo hacia los próximos alcores

y en el cansado corazón enciende
puras ansias de idílicos amores...

¿Ansias he dicho?... No: perdona amigo,
si queriendo calmar tus inquietudes
en nombrando al Amor me contradigo...
Sobre todos los vicios y virtudes,
sobre *todas* las cosas
se alza el pequeño déspota triunfante
cínico y bello deshojando rosas.
¡Ay de ti, si jinete en el pujante
potro de la ilusión, suelta la brida
corres en busca del arquero infante
para en el pecho recibir la herida!

El rubio sagitario es un vampiro
que tras herirte sorberá tu vida...
¡No perdona ni el último suspiro!
¡Desgraciado de ti si por curarte
envenenas tu herida con el Arte!...
Y si austero, dragando tu conciencia,
observas la existencia
con un hondo sentido religioso,
entonces... notarás la omnipresencia
del Amor hecho carne... ¡del Coloso!

Alma hermana y gemela: aprovechemos
el fugitivo encanto de la tarde
que va a morir... Pensemos:
«en nuestras almas y en el cielo aún arde
algo de luz... Quizás la del ocaso
sea más breve que la otra; acaso,
acaso no...»

Sin orgulloso alarde
busca la calma de tu propia selva,
sonríe a todo vanidoso empeño,
y que la perla de tu heroico ensueño
en tu olvidada copa se disuelva...

EL «AUGÚSTULO»

Desde el cabo Miseno, que destaca al Poniente
su oscuro promontorio como enlutado altar,
Rómulo Augusto, solo, contempla tristemente
el viejo sol latino perderse tras el mar.

Y piensa en el hundido Imperio de Occidente,
que en sus pequeñas manos depositó el azar;
¡el peso era tan grande!... ¡Oh, pobre adolescente,
qué juego tan difícil y odioso el de reinar!

Sujeto a frágil trono, basado en sangre y cieno,
probaste de una gloria efímera el veneno;
¿por qué, si tú eras bueno,
si no tuviste nunca ni orgullo ni ambición?

La púrpura en tus hombros fue clámide irrisoria
«Augústulo» te llama, mofándose la Historia...
¡Yo adoro tu memoria,
imagen triste y dulce, gemela de *L'Aiglon!*

EL LAUREL DE APOLO

Errante voy por la desierta plaza
que guarda todavía
aromas de marchitos ideales.
Son bellas aún las ruinas
del santuario de Apolo
entre salvajes yedras escondidas;
y la estatua del dios sereno y fuerte
que en el blanco acropodio miro erguida,
es un símbolo mudo
de suprema armonía
bajo el místico palio de la tarde
y ante el misterio de la mar dormida...
¡Qué propicio al ensueño
este grato rincón!... Aquí suspira,
en el silencio de las cosas muertas,
el fantasma de la última sibila;
y el ciprés milenario
cuenta en suaves arrullos a la brisa
leyendas funerarias,
vagos mitos de razas extinguidas...
¡La tristeza de Cíparis!
¡La tristeza de Clicia!...

Mientras inmóvil, con inquietos ojos,
veo el ara vacía,
el agrietado muro rojo y ocre,
las gradas carcomidas,

y las columnas jónicas que muestran
sus volutas de mármol entre ortigas,
me parece que siento
la marcha silenciosa de la vida,
el paso de los siglos
y el crepitar de la invisible pira
donde la humana gloria
en humo se convierte y en ceniza.
La gloria... ¿No es la estatua mutilada
que parece llorar en su hornacina?
¿Qué genio te ha creado,
inmortal maravilla?
¿Fue Mirón, Policleto,
Praxiteles o Fidias?
¿Quién en el mármol esculpió su gloria
al esculpir tu desnudez divina?...
Nadie responde, nadie... Sólo escucho
a lo lejos piar las golondrinas...

Con religiosa admiración me acerco
a la deidad olímpica,
de actitud majestuosa que corrige
la gracia de la línea.
El vecino laurel llena de sombras
su blanca frente lisa,
el rictus altanero de sus labios
sus ojos sin pupilas...
El laurel es la gloria, es el triunfo;
¡pero también es Dafne fugitiva!
Y yo soñé con ella...
¡Soñé con ella un día!

A JULIANO «EL APÓSTATA»

A José Hernández Amador

Te creíste vencido, gran Juliano,
y fue sólo aparente la derrota;
lanzaste un germen con segura mano
al surco abierto por tu espada rota.

De sangre un mar, sobre el oculto grano
muchos siglos vertieron gota a gota;
hoy junto al sacro leño del cristiano
el laurel verde del Olimpo brota.

No, los dioses no han muerto todavía...
existirán mientras el hombre sienta
con íntimo temblor la Poesía.

Ante las viejas aras no estoy solo...
¡hay quien se postra y angustiado intenta
rezar a Cristo y adorar a Apolo!

LOS JARDINES DE LA GRANJA

En la tibia dulzura de la tarde otoñal,
lentamente paseo por el parque real,
ensueño versallesco de la austera Castilla...
El crepúsculo baña con su luz amarilla
simétricos jardines y avenidas desiertas
que con mudo lenguaje me hablan de cosas muertas.
Un ocaso de glorias simboliza el Poniente,
y flota en el ambiente
la dorada tristeza de los árboles viejos,
testigos de galantes olvidados festejos:
la dorada tristeza del nieto del Rey Sol,
lis de Francia nostálgico bajo el cielo español...
Estanques en letargo y fuentes silenciosas:
¡con qué hechizo me atraen vuestras aguas verdosas
que el serojo recubre
y a ratos se estremecen con la brisa de octubre!
Mitológicas grutas, recatadas glorietas,
propicias al misterio de las citas discretas,
¿añoráis en las noches plácidas de verano
la efímera fragancia del amor cortesano?...
Diríase que apuntan perversos madrigales
en los labios sensuales
del sátiro de bronce semioculto en la fronda...
Y el tritón mofletudo de la blanca rotonda,
que indolente se inclina sobre lecho de grama,
aún se acuerda del cáustico y elegante epigrama
que dijera a su lado

un abate pulido, mordaz y despechado.
El tritón sabe mucho de amorosos pesares,
de empolvadas pelucas y postizos lunares;
sabe cómo fenecen los hombres y las cosas;
cómo pasan los siglos..., cómo muren las rosas...
¡El tritón sabe tanto
que en sus pétreas mejillas hay dos surcos de llanto...!

BAUDELAIRE

Altivo y retador, miraste osado
la espantosa cabeza de Medusa,
y con gesto entre irónico y cansado,
un horrible mechón de sus cabellos
ofrendaste a tu Musa.
La corona de múltiples destellos
que te nimba la frente
con mortecina palidez de luna
y sangriento fulgor de sol poniente,
entre sus raras piedras luce una
que robaste a Luzbel de su diadema:
el ópalo fatal que fosforece
cuando tu alma en la sombra se estremece,
cuando tu Musa lívida blasfema.

SOLO

A Ramón Gil Roldán

I

Lúgubre catedral, tu sombra helada
mi ser penetra... Con angustia pienso:
entre la multitud arrodillada,
¡qué solo estoy en el recinto inmenso!

Hay un Cristo de agónica mirada,
luces inmóviles... Por el aire denso
ascienden a la bóveda callada
las lentas espirales del incienso...

Y lloro por mí mismo... Yo profano
con los anhelos de un amor pagano
la santidad de la mansión bendita:

¡Sueño con las riberas luminosas
donde en claros altares y entre rosas
besaba el sol la estatua de Afrodita!

II

Salgo del templo. La vetusta villa
bañada en vago resplandor lunar,
de las viejas ciudades de Castilla
tiene la honda tristeza secular.

Cruzo de prisa la desierta plaza
donde un auto de Fe se celebró...
¡Por aquí ronda el alma de una raza
que en fanático esfuerzo se agotó!

Me detengo en la calle polvorienta,
mirando con fijeza soñolienta
árbol escueto que murió de sed.

Columbro el fin de mi destino incierto...
Como pendiente del ramaje yerto
se proyecta mi sombra en la pared...

III

Vibra ronca la voz del campanario.
es el toque de *ánimas*... Reanuda
el paseo, silente solitario,
sombra de un hombre, náufrago en la duda.

¿Qué demencia te exalta, visionario
que a la Esfinge interrogas, cuando es muda,
supones en la cima del Calvario
la pagana deidad bella y desnuda?

Aún confías... ¿Ignoras que el tesoro
al que un instante, acaso, somos dueños,
de un celaje que parece de oro?...

Sigue marchando, pobre peregrino;
la mágica linterna de tus sueños
se rompió entre las piedras del camino!

NERÓN

En lecho de marfil —tálamo antes—
vese a la Madre de Nerón tendida;
las pupilas vidriosas, suplicantes;
rasgado el vientre por mortal herida.

Y con ávidos ojos llameantes
está el *César*, histrión y parricida,
mirando las entrañas palpitantes
del mismo seno que le dio la vida.

La espantosa visión turbó su mente;
puso un velo de sombra en su conciencia,
y un estigma satánico en su frente.

Y en la roja locura de asesino,
trágica bacanal fue su existencia
y reguero de sangre su camino.

DEL NATURAL

He visto una niña enferma
jugando con ilusiones;
¡son los únicos juguetes
que tienen los niños pobres!

La muerte, compadecida
de sus pueriles visiones,
besó los ojos azules,
abiertos y soñadores...

FILEMÓN Y BAUCIS

En soberbio diván forrado en pieles,
una hermosa mujer está sentada.
Mantiene un libro abierto
sobre la rica falda
—es «L'Elu», de Essebac—, mientras sus ojos
se pierden en secretas lontananzas...
A su lado hay un joven
correcto, mudo; entre sus manos pálidas
se ve otro libro extraño:
es «La Agonía», de Lombard... La estancia
guarda perfumes de cigarros turcos
y rosas deshojadas:
¡qué magnífico estuche, seda y oro,
para el oculto idilio de dos almas!
Rompe el silencio el joven, y así dice
posando en ella su glacial mirada:
—Hace un mes nos casaron...
¿Un mes?... No, tres semanas.—
Y luego, bostezando levemente:—
¡Estas noches de invierno son muy largas!
Pero, ¿en qué piensas?, dime...
Te encuentro distraída... ¿Qué te pasa?
—¿En qué pienso?—respóndele la hermosa—.
En nuestra dicha... Ya lo ves: ¡en nada!

LA ÚLTIMA CITA

Viene, acude a la cita que me ha dado
por vez postrera en el jardín fragante...

Claro rayo de luna
que se cuele travieso entre el ramaje,
acaricia los rizos de la hermosa,
besa furtivo su collar de esmaltes,
resbala por el cuello alabastrino
y serpea en el raso de su traje.
Llega por fin... Inmóvil, imponente,
clava en mí sus pupilas de azabache:
es abismo de sombra su mirada,
que domina, que atrae...
De sus labios espero, silencioso,
la sentencia implacable.

—Cuando muere el amor —me dice al cabo—,
lo que se debe hacer es enterrarle.

Tú le diste la vida
y después, impasible, lo mataste.
Envuelto en el sudario del olvido
yo guardaré en el pecho su cadáver.
«¡Vete!... Jamás olvide tu conciencia
que hay tragedias y crímenes sin sangre.
Yo saludo con muda cortesía
y me alejo, indeciso, vacilante...
«¡Vete!», dicen sus labios altaneros,
y sus ojos me dicen: «¡No te marches!»

SIGA LA DANZA...

Danza su grácil cuerpo
en la pobre barraca de la feria:
¡Cómo le arrebataron sus encantos
feroces dentelladas de miseria!

El postizo rubor de las mejillas
y la frente de cándida tersura
atractivos pretéritos remedan...
¡Qué grotesca y procaz caricatura!

Desde lejos la miro
a la luz vacilante de las velas:
¡Cuán tristes los reflejos
de su falda de raso y lentejuelas!

En su mísero pecho jadeante
se deshoja un clavel...; es encarnado,
y parece una herida que gotea
sobre la sucia alfombra del tablado...

La pandereta ríe,
ríe su boca,
y se quejan sus ojos
y su alma llora...
¡Siga la danza,
que si las penas hieren,
el hambre mata!

TIBERIO

A Antonio Machado

Hay mágicas palabras: el nombre de Tiberio
tiene una extraña, fría, cruel sonoridad;
parece que a su influjo resurge del misterio,
después de veinte siglos, el monstruo de maldad.

Y vemos la figura del amo del Imperio,
el déspota lascivo, el *César* sin piedad;
y asoma a nuestros labios la hiel de un impropio
que muere ante su yerta, sombría majestad...

Yo me he asomado en Capri al borde de un abismo,
al borde de aquel «Salto» que lleva el nombre mismo
de quien debió su trono al crimen y al terror.

Allí pensé, mirando la sima pavorosa,
que me asomaba al alma estéril, tenebrosa,
del viejo Emperador.

A LOS POETAS

Mundo, Demonio y Carne,
enemigos del alma... Yo comprendo
que algunos a Satán vendan la suya
por el soñado goce de un momento;
tiene algo de grandeza
el contrato siniestro:
es comprar una dicha transitoria
con el dolor eterno.
Mas el poeta que disfraza el Arte,
que no tiene el valor de ser sincero,
y acepta, torpemente,
transacciones indignas de su genio;
el artista que su alma vende al *Mundo*,
sólo me inspira lástima o desprecio.

No claudiquéis jamás, nobles poetas;
escribid vuestros versos
con lágrimas o hiel; rompan las almas
los opresores lazos... ¡Sed ingenuos!...
Brille tras el encaje de la estrofa
como desnuda espada el pensamiento;
mostradles la verdad a vuestros jueces
como Friné, sin velos;
y acallad el rugido de las fieras
con la lira de Orfeo.

Todo poeta tiene su retiro;
un rincón apacible; tiene un huerto
donde cuida con ávida ternura
de una pálida flor: el sentimiento.
El poeta es un pobre visionario;
gusta de soledad y de silencio;
adora sus arriates de quimeras,
su pedazo de cielo...

En un lánguido rayo de luna
suben las espirales de los sueños;
bastan para encender la fantasía
los trémulos fulgores de un lucero.
Para la flor amada,
la de perfume intenso,
tiene el poeta místico rocío:
es tal vez el vapor de sus ensueños
que los ojos en lágrimas condensan
y vierten sobre el cáliz entreabierto...
¡Oh, refugio ideal de corazones
consumidos de afanes o de tedio,
van hacia ti, del Arte
los pálidos romeros:
mártires de la idea o de la forma,
conocen de tus puertas el secreto!
El que abraza la gloria
y el que sigue olvidando su sendero,
con ávidas pupilas
buscan la calma del rincón repuesto;
en él no hay otra voz que la del alma
y no existe otro rey que el pensamiento;
no hay cadenas que cierren los caminos
ni huellas que profanen su misterio...

ANTE UNA ESTATUA DE ANTINOO

La fe que como dios la consagrara
se extinguió para siempre; la fe mía
grita a los renegados, cara a cara:
¡Yo adoro su belleza, todavía!

Si el pentélico mármol se animara;
si adquiriese calor la piedra fría;
si ese divino efebo palpitara,
como el César la amó yo le amaría.

Bella, doliente historia fue la suya:
Lealtad, su guía; Abnegación, su senda,
aunque otra historia la malicia arguya...

Si hubo mancha en su amor, río sagrado
que recibió su vida como ofrenda
ha devuelto ese amor, inmaculado.

LOS NIÑOS TRISTES

¿De qué se ríen los niños?...
Ríen de todo y de nada...
En sus bocas encendidas
las ingenuas carcajadas
son gorjeos, son preludios
de la orquesta de las almas;
melodías nunca escritas
que en la juventud se inflaman,
que más tarde se hacen graves,
y luego se tornan lágrimas...
¡Es la Vida la que llora!
¡Es la Vida la que canta!

Pero hay niños taciturnos
cuyas profundas miradas
parece que han condensado
las sombras de ajenas faltas,
el dolor de mil conciencias
y la angustia de una raza.
¿Qué escuchan en el silencio
esos tristes?... ¿Por qué clavan
en el espacio sus ojos
o inclinan las frentes pálidas?...
Extranjeros en la Tierra
ellos saben... lo que callan;
lo que ignora más de un sabio
y no expresan las palabras.

Adivinan que la Muerte
les acecha; tienen claras
reminiscencias, acaso,
de otras vidas, de otras patrias...
y por eso en su mutismo
apunta inquieta la vaga
renunciación por un mundo
ya muy viejo...

¡Pobres almas,
que van arrastrando el peso
de las cadenas del *Karma*,
y tímidamente pliegan
la blancura de sus alas!
A esos niños taciturnos
acucian secretas ansias:
algo ven, algo inefable,
detrás del velo de *Maya*...

LOCOS DE ATAR

Pensamientos peligrosos
—o más bien *locos de atar*—,
se agitan dentro de mi cráneo
pidiéndome libertad.

«¡Abre lengua nuestra cárcel!»
—gritan unos—. Y Satán,
amigo de todos ellos,
les hostiga sin cesar...

Orates, tened paciencia;
dejadme, dejadme en paz;
¡no turbéis mi digestión
de honradez y de moral!

¿Del estrecho manicomio
pedís que os saque?... ¡Jamás!
A perecer en la sombra
os he condenado ya.

En mi alma el egoísmo
ha vencido a la piedad:
si os diera suelta a vosotros
¡me tendrían que encerrar!

EN EL GOLFO DE NÁPOLES

Sobre el golfo incomparable,
la noche napolitana
ha extendido, voluptuosa,
la protección de sus alas.

Voy tendido muellemente
en una ligera barca
que al impulso de dos remos
entre las ondas resbala.

Un reguero chispeante
de lentejuelas de plata
derrama la luna llena
sobre el azul de las aguas.

En el ambiente tranquilo
flotan voces apagadas
que ha recogido la brisa
desde la costa lejana.

A veces se oyen, vibrantes,
las quejas de una guitarra;
la risa de una bandurria
bellas canciones románticas...

Mi remero es un *ragazzo*;
tiene la tez bronceada;
hay en sus labios bermejos
más sonrisas que palabras;

y son sus ojos procaces,
llenos de malicia y gracia,
más oscuros que la noche,
más inquietos que las aguas...

Noches tibias, apacibles;
¡oh, noches de la Campania:
voluptuosa poesía
derramáis sobre las almas!

Enferma tengo la mía,
y en esta noche encantada
las auras del mar Tirreno
aventaron mis nostalgias;

y el penacho del Vesubio
a lo lejos me declara
que, aunque el humo se disipe,
hay fuegos que no se apagan...

La misma luna me alumbra
que en otro tiempo alumbrara
los amores, los placeres
de la vida pompeyana;

y evocando sus recuerdos
como visiones aladas,
el corazón se reanima
con vieja sangre pagana...

Noches tibias, apacibles;
¡oh, noches de la Campania:
con qué hechizo peligroso
hacéis revivir las almas!

A FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ

Tu pesimismo es como un jardín silencioso
donde hay estanques muertos y alamedas sombrías;
tú te pierdes en ellas, altivo y desdeñoso,
callándote el secreto de tus melancolías.

El Amor quiso herirte; pero huyó presuroso
al ver que, con sarcasmos, eras tú quien le herías...
De envidiosas miserias despreciaste el acoso:
¡tal vez, con indulgente nobleza sonreías!

Gran señor de las Letras: la ambición no es tu dama;
ya sabes que la gloria —tan esquiva— te llama,
y a ella vuelves el rostro, sereno, indiferente...

¡Oh, nauta del ensueño, que buscas la belleza,
y descubres tesoros en mares de tristeza:
la noche de tu alma se hace luz en tu frente!

MEDIODÍA DE MAYO

Al Conde de Casa-Segovia

Mediodía de Mayo
en el jardín agreste y florecido...
El cielo tiene una cordial sonrisa
para nuestro optimismo.
(¿Es el verde el color de la esperanza
o el azul?...) ¡Qué propicio
este rincón fragante
para soñar con un faunesco idilio!
Huellas veo, recientes, en la tierra,
de pezuñas de chivo,
acaso de pequeños egipanes
que en tropel han cruzado fugitivos...
En las discretas frondas
se adivinan los nidos.
Hoy, la llama del sol es enervante,
y es como una caricia el aire tibio.
El agua en las regueras se desliza,
susurrando monótono estribillo;
burbujeante, forma en los alcorques
remansos cristalinos;
ríe traviesa en la marmórea fuente,
y en los viejos estanques se ha dormido.

Yo me tiendo en el césped oloroso,
bajo la copa secular de un pino,

mirando, soñoliento,
el paisaje lejano: un caserío,
una línea ondulante de montañas,
el verdegay de los flamantes trigos,
la mancha verde oscuro
de una fila de añosos eucaliptos...
¿Qué murmura entretanto el abejorro
que gira en torno mío
con vuelo impertinente?
¿Acaso este curioso entrometido
me cuenta los amores
de la rosa y el lirio;
los mudos celos del ciprés adusto;
el arrebató lírico
del pobre capirote desdeñado,
y los agudos silbos,
burlones comentarios
que a la galante historia puso el mirlo?...

Mediodía de Mayo
en el jardín florido...
¡No hay una sola nube que distraiga
nuestra contemplación de lo infinito!
¡Cómo el alma parece dilatarse
en el ambiente límpido!
Y el corazón... ¿no es otro?...
En su aridez desierta presentimos
la gracia de una floración tardía,
la frescura del alba y del rocío.
¡Corazón!, ¿qué deseas?, ¿qué pretendes?...
Hoy, en cada latido
te aligeras de vanas pesadumbres;
y entre anhelos fugaces, imprecisos,
tu irresoluta actividad revelas
marcando alegre, inusitado ritmo:
eres sensual y casto,
eres osado y tímido.
Unos momentos hace que del *Angelus*

vibró el claro tañido,
y con vaga inquietud te estremeciste:
es que sentías la ansiedad del místico;
y la visión del campo
me hizo pensar en Nazaret y en Cristo,
en la risueña Umbría
y en la mansa humildad de San Francisco.

¡Oh, corazón, entonces te acuciaba,
con la vehemencia de un pueril capricho,
el inocente afán de ser ingenuo,
de olvidar los mundanos artificios,
de contemplar todo
con la pureza y el candor de un niño;
y una plegaria palpité en mis labios
como la llama en ofrendado cirio!
Mas, de pronto, una lírica saeta
cruzó el aire tranquilo:
el canto de un zagal, eco lejano
que fue creciendo en armonioso brío,
y luego, apasionada, suavemente,
se apagó en un suspiro...
Y mi plegaria ingenua transformóse
en sonoros exámetros latinos...
¡Del Hermano de Asís, la dulce imagen
se borró ante la sombra de Virgilio!

Ahora, mis ojos ávidos recorren
el panorama de colores vivos
bajo el solar incendio...
¡Torno a soñar con el faunescio idilio!
¿Dónde están los pequeños egipanes
que huyeron por el campo esmeraldino?...
Poco a poco, se inflama, se agudiza,
el poder de la mente y los sentidos;
gradual exaltación plena de goce,
en que el misterio de ancestrales ritos
se revela confuso, como envuelto

por la humareda de los sacrificios;
en que parece estremecerse todo
con un sacro delirio,
y que el mudo lenguaje de las cosas
ha de estallar en jubiloso grito...
¡Epifanía singular del alma
que animó al mundo antiguo!

Corazón, no estás solo:
a mi lado adivino
la presencia invisible
del selvático dios con pies de hirco;
el gran dios, que insinuante,
me dirá estas palabras al oído:
«En esta grata soledad campestre,
pletórica de vida, el paganismo
es algo más que un delicioso ensueño
entre la bruma del pasado extinto...
¡Y yo te traigo la embriaguez divina
con el aroma de los viejos mitos!»

EL ENSUEÑO ROTO

Mi voluntad moría con el sol, dulcemente...
Tú me hablabas de cosas tan extrañas, tan bellas...
Después, cuando callaste, en el campo silente
la noche era un ensueño florecido de estrellas.

Su claror parecía condensarse en tu frente;
nuestras almas temblaron: ¡era luz todo en ellas!,
mas de pronto el Deseo, la maldita serpiente
que aplastada creíamos, renació de sus huellas.

¡Oh, la santa pureza de la noche estrellada:
cómo fue escarnecida, cómo fue profanada
por la voz imperiosa de la carne mortal!

El ensueño fue roto... Solamente perdura
ese mórbido encanto de tu ambigua hermosura,
que es un bello peligro como una flor letal...

LAS MENINAS

(Cuadro de D. Diego Velázquez)

En el centro del cuadro, la donosa infantina
—débil brote de raza ya en fatal decadencia—,
levemente sonrío, y una dama se inclina,
ofreciéndole un búcaro con gentil reverencia.

(¡Qué encanto, indefinible, de gracia femenina,
de este grupo dimana como efímera esencia!...)
Una monja y un paje. Junto a grácil «menina»,
Maribárbola yergue su monstruosa presencia.

Vese un bufón travieso y un grave cortesano.
Velázquez, desdeñoso, la paleta en la mano,
clava en *alguien* el dardo negro de sus miradas...

Detrás —¡oh, bello y mudo lenguaje de las cosas!—,
se percibe un espejo donde están reflejadas
de los frívolos Reyes las figuras borrosas...

R.I.P.

¿Te acuerdas del romántico suicida?
¡Pobre víctima incauta de tu amor!...
Junto al cadáver un papel hallaron
donde con pulso enérgico escribió:
«Con una bala borraré tu imagen»...
Y le partió la bala el corazón.

AUGUSTO

Histriones de la farsa de la vida:
mirad al primer *César*, vuestro hermano;
es astuto y falaz, es un tirano
bajo una capa de humildad fingida.

¿Nada os dice su faz descolorida?...
Frente al templo simbólico de Jano
—que triunfante cerró con firme mano—,
él ve a sus pies la Libertad rendida.

Histriones, aprended: es un modelo...
¡Qué bien disfraza Augusto su recelo,
su cobardía y su ambición gigante!

El hipócrita audaz lo puede todo:
hasta erigirse en dios, pisando lodo,
¡y que un Virgilio sus grandezas cante!

ALEJANDRO, PRÍNCIPE

A mi sobrino José Maury Verdugo

Ese joven de olímpica belleza,
a veces soñador, a ratos fiero,
cuando duerme, reclina su cabeza
sobre un libro inmortal, timbre de Homero.

Es casto, por temer que la impureza
debilite sus músculos de acero;
estudia, porque aspira con firmeza
a ser entre los reyes el primero.

Montado en el *Bucéfalo* indomable,
piensa, tal vez, que dominar la gloria
es siempre para un héroe practicable;

y sus ojos de bícroma mirada
ven futuras grandezas de la Historia
repasando los versos de «La Ilíada».

MUERTE DE ALEJANDRO MAGNO

Alejandro se muere... Junto al lecho
donde yace el gran rey, los cortesanos,
ansiosos, le preguntan: «¿En qué manos
tu cetro dejarás?» Y con despecho:

«Se lo doy al más digno», les responde.
En esta corta frase, ¡qué ironía
empañada por sombras de agonía!
¡Qué sarcasmo cruel su dardo esconde!

«Se preparan sangrientos funerales»,
añadió con aliento entrecortado
volviéndose a sus fieles generales...

Así acaba el Aquiles de la Historia.
Hay quien afirma que murió embriagado...
Ebrio, sí, ¡por el vino de la gloria!

TENTACIÓN

El mar es un remanso. Vagamente refleja
la pedrería mágica de las constelaciones.
Nuestro bote resbala por el estuario, y deja
leve rastro fosfóreo, tenues ondulaciones...

Tú en silencio me escuchas, inquietante, compleja.
Yo te voy recitando mis dolientes canciones
donde hay más de suspiro que de llanto y de queja:
¡el amargo poema de nuestros corazones!

Bruscamente el silencio de la noche serena
rasga el grito angustioso de remota sirena...
¡Oh, lúgubre alarido como un eterno adiós!

Sobre el agua profunda inclinada un instante
tú me dices, muy bajo, tentadora, insinuante:
—Si esta noche... ¡ahora mismo!... muriésemos los dos...

MÁSCARAS

Sonrío cuando miras con fiereza;
cuando ríes sarcástica, sonrío;
cuando yergues altiva la cabeza
sé que tu corazón llora un desvío.

A veces entre zarzas y maleza
brilla pura una gota de rocío...
¡Tesoros de ternura y de tristeza
adiviné tras tu desdén sombrío!

Callaré mi secreto. Tú prosigue
con tu orgullosa máscara engañando
aunque esa farsa al corazón fatigue.

—Si el poder del amor vence a la muerte
—tú dirás, moribunda, sollozando—,
¡el pudor de las almas es más fuerte!

«ÁNGELUS»

En el roto dosel de nubes grises
pone flecos de luz un sol de invierno.
El mar está dormido,
el aire en calma y el paisaje muerto.
¡Cuán solemne la voz de la campana
que vibra desde lejos,
y en la quietud crepuscular ahuyenta
el fantasma invisible del silencio!...
¿Qué ansiedad estremece nuestro espíritu
cuando el bronce dilata sus lamentos
en la paz de los campos?
Esa voz temblorosa del Misterio
que los niños escuchan pensativos
y hace inclinar las frentes a los viejos,
¡cómo canta el desmayo de la tarde!
¡Cómo solloza!... Sus pausados ecos
que despiden al día
parecen repetirnos: «¡Uno menos!»
Cuando resuena, los creyentes oran;
suspiran los amantes, y un momento
el hombre sin amores ni esperanzas
fija sus vagos ojos en el cielo...

¡Qué inmóviles están las nubes grises
sobre el paisaje muerto!

ROSAS

I

ROSA DE TÉ

En el sillón de repujado cuero
se destaca su busto. Con los guantes
juegan sus bellas manos inconstantes.
Viste un traje riquísimo y severo.

Cual solitario, trémulo lucero
que entre nubes ostenta sus cambiantes,
fulgura claro broche de diamantes
entre las negras plumas del sombrero.

Lánguidamente inclina la cabeza...
De esos cielos de invierno sin celajes
tienen sus ojos la mortal tristeza;

y sobre el pecho, como el mármol, frío,
presa en la red sutil de los encajes,
una pálida flor muere de hastío...

II

ROSA DE FUEGO

Está sentada al piano. Los dedos marfileños —relámpagos de joyas— recorren el teclado: preludia un vals brillante, a cuyo ritmo alado cruzan ante sus ojos áureas nubes de ensueños.

Entre los labios frescos, sensuales y risueños, pasa como un suspiro su aliento entrecortado; y le arrebola el rostro, con fuego reflejado, de la alta chimenea la lumbre de los leños.

Una rosa entreabierta, de tonos encendidos, luce sobre su pecho... Los pétalos, parece, temblando, que copiaran del pecho los latidos...

Y así, tras los cristales de gótica ventana, como en soberbia estufa, soñando languidece la hermosa flor bermeja junto a la flor humana.

III

ROSA DE TRAPO

«Te amo», me dice, y al besarme ardiente,
en sus pupilas el engaño leo.
Yo, galante, no dudo; sólo creo...
¡la gloria es recompensa del *creyente*!

Tal vez diga verdad... Acaso miente...
Mas al crédulo afán de mi deseo
le basta la apariencia en lo que veo...
¡para burlas de amor, soy indulgente!

Y seguimos la farsa descarada
creándonos un mundo en la nada...
¡Oh, la ciencia piadosa de engañar!

Rompe, Cupido, la oxidada flecha,
¡que deshojó una rosa contrahecha
sobre el ara desnuda de tu altar!

BRAMA EL MAR

Brama el mar en su embestida
salvaje contra la costa,
y espumarajos de rabia
escupe sobre las rocas.

Ha descargado el chubasco.
Está impregnada la atmósfera
con la humedad de la tierra
y el acre olor de las ondas.

Cual blancos copos dispersos,
van y vienen las gaviotas
con las alas azotando
la cresta audaz de las olas.

El cielo es color ceniza;
las nubes, masas de sombras
que vuelan hechas jirones
en ráfagas tempestuosas.

En intervalos de calma,
como una voz protectora
se oye sonar a lo lejos
la campana de una boya...

Borbotando negro humo
y con el viento de proa,
un trasatlántico enorme
la entrada del puerto emboca.

Se ve su casco luchando
con montañas espumosas,
y oigo gemir la sirena
estridente y angustiosa.

Contemplo el muelle desierto...
En pie, junto a la farola
sólo hay una pareja
inmóvil y silenciosa:

pobre mujer demacrada
de rudas manos callosas,
y un rapazuelo descalzo
cubierto con recia boina.

Sin cruzar una palabra
llevan ya más de una hora;
agua de mar y de lluvia
les ha empapado las ropas;

y el niño, con tristes ojos,
y ella con mirar de loca
sondean del horizonte
la inmensa extensión brumosa...

MUÑECAS SABIAS

Peligrosa muñeca: no me tientes;
es temible tu sabia juventud...;
en la ciencia de amar, muchos ancianos
saber quisieran lo que sabes tú.

Me haces ciertas preguntas tan extrañas,
que no puedo, turbado, contestar:
pareces profesor que me examina,
y yo cándido y torpe colegial...

¡Cómo se ríen tus malignos ojos!
¡Cómo ríen tus labios de carmín
de esa incógnita abstrusa de la dicha,
X indescifrable para mí!

¡Con qué aplomo resuelves, candorosa,
todas las ecuaciones del amor!
Ha tiempo arrinconaste los juguetes,
y con ellos también el corazón...

ENTIERRO DEL CARNAVAL

Llora el sol su tristeza vespertina
sobre el campo. Se alejan los clamores
de arlequinesca tropa de cantores
en dirección a la ciudad vecina.

Han enterrado el Carnaval. Mezquina
y breve fue su pompa... Mustias flores
y cintas de papel multicolores
manchan la verde alfombra campesina.

Ha pasado la turba vocinglera.
Ya no se oye rumor ni voz alguna
en la vasta extensión de la pradera...

Tras los arbustos de lejana loma,
con triste mueca, la curiosa luna
su cara exangüe de pierrot asoma.

BÉCQUER

*«Un cielo gris, un horizonte eterno
y andar, andar...»*

(Rima I VI)

Él nos dejó jirones de su alma
en la punzante urdimbre de sus versos...
Un dolor resignado
—nuestro propio dolor—, palpita en ellos.
Su musa es una virgen dulce y bella
que canta en el umbral de un cementerio,
hurtando a las caricias de la luna
los ojos verdes tras el blanco velo.
El poeta gigante
del amor y el ensueño
supo lo que es llorar arrodillado
ante el león rampante de los celos,
y lo que es implorar inútilmente
al voluble flechero
cuando se aleja irónico y altivo,
rotas las alas y el carcaj deshecho...
Para subir al trono de la gloria
tuvo el poeta que cruzar su infierno:
él miró los capullos encendidos
de su corona deshojarse al viento;
las rosas de pasión (¡divinas rosas!)
desde la frente hasta sus pies cayeron

cual mariposas muertas,
como una lluvia de marchitos pétalos...
Desdeñó la corriente de la vida,
los tristes ojos puestos
en el frío remanso de la muerte,
con el fatal anhelo
del más callado amor: el de la náyade
siniestra, inexorable, que en silencio
nos estrecha en sus brazos descarnados
y nos duerme en su seno;
el amor que soñara
en la nave de un templo
ante la estatua sepulcral yacente,
toda belleza, castidad, misterio...
Sintió la bruma helada del hastío
penetrar en su pecho,
¡allí, donde ocultaba
un insondable corazón de fuego!
Y continuó su ruta
monótona el viajero,
exhalando suspiros,
rara vez un lamento:
¡fue avaro de sus quejas
quien las cantaba en inmortales versos!
Tal vez pensó: La vida
no merece una queja... ni un bostezo.
La vida... ¡Pobre Bécquer!:
«¡Un cielo gris, un horizonte eterno...»

YO SOY OTRO

Estoy aislado sin hallarme solo:
¡una dicha incompleta!...
Paso junto a los hombres
como si no los viera,
y admiro a las mujeres
como si no existieran.
Pero yo... yo soy *otro*:
¡*mi propia compañía* me exaspera!
La soledad augusta de las cumbres,
la soledad salvaje de las selvas,
desdoblando mi ser podrán curarme
del mal que me atormenta.
Soy... un civilizado,
un hijo espurio de la Madre Tierra:
para sentirme lejos de mí mismo
nada mejor que aproximarme a Ella.

CANTO SENSUAL

Esta canción morbosa que suspira
me la inspiró tu amor: una mentira
que se hizo realidad.
Me la inspiró tu amor, perverso y falso,
que para mí es altar, trono y cadalso
de la sensualidad.

La semilla de un beso ha germinado:
siento en el fondo de mi ser llagado
brotar una pasión
y surgir con indómita arrogancia
como una flor monstruosa, sin fragancia,
que arraigase en el mismo corazón.

Vagaba mi alma triste y dolorida;
tú la enseñaste a desear la vida;
¡enseñanza cruel!
pues la vida que adoro entre tus brazos
con caricias me robas a pedazos...
¡Divino cáliz de veneno y miel!

Así, víctima soy y sacerdote
que al amor sacrifica: extraño brote
de algún rito ancestral...
Déjame, pues, que incline la cabeza,
adorando tu helénica belleza,
tu hermosura carnal.

El fuego voluptuoso que me inspira,
sea mi ofrenda: perfumada pira
que no cese de arder.
¡Oh, tu fresca gentil adolescencia!...
¡Cómo calla la voz de la conciencia
cuando arrulla el placer!

Rota está mi corona de ideales...
¿Qué me importan los códigos sociales?
¿Qué importa lo que soy o lo que fui?
Nada me resta por quererlo todo...
Quiero mis sueños enterrar en lodo...
¡No te apartes de mí!

Cuando calmo en tus brazos mi deseo
parece que las aguas de Leteo
apagaran mi ardor.
No me niegues el beso que te pido,
beso inefable de embriaguez, de olvido...
¡Dame sólo tu cuerpo, no tu amor!

EN UN ÁLBUM

La demencia de Hamlet fue fingida;
la locura de Ofelia fue real:
Hamlet es un espejo de la vida,
y Ofelia es ideal.

«ÉRASE UNA VEZ...»

A don Antonio Zerolo

Repasando las páginas de un libro,
por el tiempo amarillas
(el cuento de una reina encantadora,
que un gigante feroz guarda cautiva),
hallo un rizo de oro
y una rosa marchita.
Ya la flor ha perdido su fragancia;
pero las bellas páginas queridas
que ostentan sus polícromas viñetas
y más de una pueril calcomanía,
aún tienen el perfume
de la infancia bendita...
¡Hojas inolvidables
donde aprendí a soñar!... ¡Viejas amigas!:
¿por qué guardáis la rosa?
¿Por qué guardáis el rizo, todavía?...
Mientras os vuelvo con nerviosa mano,
miro el desfile de lejanos días.
¡Oh, páginas borrosas, de inocencia,
como el tiempo, pasad, pasad de prisa!

No me interesa ya, no me conmueve
la historia peregrina.
de aquella reina hermosa
que fiero encantador hizo cautiva.

Los gigantes más altos son pequeños.
Las reinas... son altísimas.
Las hadas han huido, no sé adónde,
con sus bellas mentiras...
Tan sólo estas verdades
descubrieron cansadas mis pupilas,
leyendo sin descanso
el anónimo Libro de la Vida.
Se ha secado el rosal del sentimiento...
¡Caed, lágrimas mías!
¡Caed sobre la rosa
que junto al rizo blondo hallé marchita!

OBSESIÓN

Sentí en la frente la caricia ustoria
de unos labios —dos brasas infernales—,
y en mí ardieron morbosos ideales
como zarzal ante inflamada escoria...

Amo el fuego, la púrpura, la gloria
de los rojos ocasos otoñales,
y a los Césares déspotas, triunfales
y sangrientos fantasmas de la Historia.

Me fascinan las rosas carmesíes,
los claveles bermejos, los corales,
las diademas cuajadas de rubíes...

¡*Aldebarán* —el inquietante ojo—,
me acecha entre tinieblas siderales
para embujarme con su brillo rojo!

MADRIGAL

Ya sabes que en tu boca
encarnó el madrigal de mis ensueños;
en esa boca pródiga en promesas,
tan avara de besos...

Hoy cantaré sus labios,
flores de tentación, purpúreos pétalos
tiranos caprichosos,
y más tiranos cuanto más risueños.

¿Cómo sois tan crueles
siendo tan hechiceros,
y formáis un abismo en miniatura
donde van a perderse mis deseos?

Sé que guardáis, celosos,
la cárcel de un secreto...
Conceded en mi oído
la libertad al amoroso preso,

y en mis labios os juro
tenerle prisionero...
solamente un instante,
porque a vosotros volverá de nuevo...

DESPUÉS DE LEER «SULLIVAN»

Toda comedia, escondida
lleva siempre su enseñanza;
el que quiere, a ver alcanza
tras el vendaje la herida.
En la farsa de la vida
hay verdad en la ficción;
nuestro pobre corazón
finge mucho y mucho siente...
¡A ratos es transparente
la máscara del histrión!

¿REENCARNACIÓN?

*«Nuestro nacimiento es sueño y olvido.
El alma que en nosotros amanece, la es-
trella de nuestra vida, tuvo su ocaso en
otros horizontes, y viene de muy lejos...»*

WORDSWORTH.

Esa gracia pueril de tu figura,
¿qué nube la ensombrece?
Como la de Antinous, es tu mirada,
trágicamente verde.
Como el *mignon* de Adriano, te sonríes
con risa doliente.
¿No concibes amor sin sacrificio?...
Esa sombra implacable que te hiere,
¿es el bruno rapaz, el propio Anteros,
el vengativo, el fuerte,
y es la llama siniestra de su antorcha
la que en tu noche esplende?...
Con ansias de algo ignoto
tu espíritu pagano se estremece
cuando sueña a la sombra de los mirtos
que en mi jardín florecen...
Eres un dios muy joven,
castigado a vivir entre la plebe,
y a cada amanecer lloras nostalgias
de siglos que no vuelven.

Como la de Antinous es tu mirada,
trágicamente verde;
y yo he llegado hasta su fondo negro...
¡Tu querida es la Muerte!
Sé que naciste demasiado tarde...
No importa... No te inquietes...

PODER DE LA BELLEZA

Irradia toda bella criatura
un mágico destello soberano...
¡Dejó sus huellas en la arcilla impura
la omnipotente, la invisible Mano!

El que adora la física hermosura
es que vislumbra a Dios tras de lo humano...
Yo admiro la carnal, viva escultura,
con ojos de creyente y de pagano.

Nada resiste a una mujer hermosa...
Ante Onfala, con mano temblorosa,
Hércules hila, tras besarle el pie;

y la propia Justicia, tan austera,
deja un momento su actitud severa
para rendir la espada ante Friné.

DOS BESTIAS «PURA SANGRE»

Con un gesto incopiable de cansancio infinito,
recostado en cojines sobre muelle diván,
dice un lánguido joven: «El amor es un mito»...
y subraya la frase perezoso ademán.

Otro joven, enclenque, de semblante marchito
—atildado, impecable y correcto haragán—,
le contesta, encendiendo un habano exquisito:
«El amor es imbécil... ¡Qué gran cursi *Don Juan!*»

Los dos callan solemnes... Tras de leve esperezo,
envolverse parecen en un largo bostezo,
y se quedan dormidos contemplando el plafón.

Van los sueños del uno a su yegua *Pandora*;
van los sueños del otro a la perra que adora,
y ambos roncan tranquilos en el amplio salón.

A LA «CRUZ ROJA»

Paladines oscuros de la nueva Cruzada
que vencéis en la lucha por el reino Ideal,
no gritáis «¡Dios lo quiere!»; la contienda es callada
ante el mudo misterio del Dolor y del Mal.

Os encumbra el orgullo del que no pide nada:
la virtud nunca quiso galardón material,
y ostentáis la cruz roja, como enseña sagrada,
que avergüenza a cobarde egoísmo social.

Esa cruz simboliza cuanto hay grande en el hombre:
Caridad, Sacrificio... ¡Mil hazañas sin nombre!
La divisa bermeja es glorioso blasón,

que en el pecho lucieron con sublime arrogancia
dos románticos héroes: San Luis, Rey de la Francia,
y el gallardo Ricardo Corazón de León.

LA ESTATUA

A Leoncio Rodríguez

Blanca, gentil visión: en torno tuyo
mi pensamiento gira y se recrea...
Tu desnudez gloriosa,
¡oh, divina belleza!,
un templo merecía
bajo el cielo de Grecia.
En tu plinto de pórvido
dejaré mis ofrendas:
áureas estrofas, besos inflamados,
brazadas de laurel, de rosas frescas...

¿Cómo nació mi amor o mi locura?...
De la alta noche en la quietud serena,
entré furtivo en el jardín silente
pisando, quedo, la mullida yerba;
y al resplandor lunar miré con ansia
tus labios adorables, que no besan,
y los vi sonreírme... ¿Fue sonrisa
o la sombra movible de la yedra?...
Si fue sombra tan sólo, la he besado
en tu boca de mármol entreabierta
mientras reía el ruiñeñor, oculto,
con vibrantes, irónicas endechas...

Plástica maravilla;
sueño mío imposible: ¡si pudiera
darte un poco del fuego de mis venas!...
He querido animar, cual Prometeo,
una estatua soberbia,
y es buitre que destroza mis entrañas
mi vesánico afán, mi amor por ella.

Cuando a mis ojos arrebate el tiempo
la transparente, sonrosada venda,
y al peso de los años
incline la cabeza,
tú seguirás erguida
bajo el palio de yedra
mirando, indiferente,
aquel sendero en que dejé mis huellas...
El importuno ruseñor de antaño,
—testigo y trovador de mi quimera—,
habrá muerto... Del beso aquel absurdo
no quedará quien cante la leyenda.
Y tú, maga insensible,
indiferente y muda a mi querella:
¡nadie podrá leer nuestro secreto
en tus ojos impávidos de piedra!

ELLA Y ÉL

—Guarda tu fiera voz, tu gesto altivo
y ese ademán arcaico de arrogancia.
¿Sueñas con retener lo fugitivo?
¡No me hables de ternura y de constancia!

Ni te finjas celoso ni impulsivo,
que un Otelo de frac no gusta en Francia.
Rompamos este amor... decorativo,
marco a tu vanidad y a mi elegancia.

—Romper, así «de golpe»..., ¡no es posible!
Vende tu corazón incombustible
en pública subasta, y es mejor.

—Me parece muy cuerdo tu dislate...
—Te juro estar presente en el remate.
—¿Cómo testigo?
—No; como postor.

ANTE UN RETRATO DE CÉSAR BORGIA

¡Oh, trágicas pupilas,
hechas de odio y amor, de luz y sombra!...
Tu mirada es un símbolo;
tus ojos son los ojos de la Historia.

DIVAGACIÓN

¡Oh, peligroso afán; oh, intentos vanos,
de robarle el secreto a nuestro sino!...
¡Por deshojar la flor de mi destino
me sangran hoy las temblorosas manos!

¿Estáis próximos ya o estáis lejanos,
términos luminosos del camino?
Columbro a veces un fulgor divino...
¡y es la llama que brota en los pantanos!

Marchar... siempre marchar.... Nada sabremos,
hasta que oigamos con espanto un día
el golpe rítmico de ocultos remos,

y en la bruma tenaz del horizonte
aparezca por fin, lenta, sombría,
la barca de Caronte.

ENSUEÑOS LÍRICOS

En la terraza del jardín desierto,
contemplamos el mar: parece muerto,
como tu voluntad, como la mía.
Aún luce Venus; su fulgor incierto
es de una plácida melancolía...
El cielo taciturno, por Oriente,
inicia una sonrisa luminosa.
El alba...

Suavemente
van tomando matices de oro y rosa
las nubes... la blancura de tu frente...
la nieve, nunca hollada,
de los montes lejanos...
¡Yo veo refugiarse en tu mirada
la noche fugitiva,
mientras siento en mis manos
temblar las tuyas, pálida cautiva!
Puedo llamarte así, ya que el ensueño
te ha aprisionado, como a mí, en sus redes;
él ha sido y será tu único dueño;
de él quisieras huir..., ¡pero no puedes!
¡Siempre el lírico ensueño, y en sus lazos
sintiéndose inmortal nuestra flaqueza!
Tú, como yo, los implorantes brazos
tiendes hacia el altar de la Belleza,
y encendiste una pira perfumada
al culto más excelso consagrada.

¡Cómo fascina la grandiosa hoguera
junto al ara inmutable!
¡Si en el fuego ritual me fuese dable,
como exvoto de cera,
fundir mi corazón! ¡Si mi insaciable
ansia torturadora
—la emoción creadora—,
se pudiese inflamar en las divinas
llamas de nuestra ofrenda!
¿Dejarás que se apague? ¿No adivinas
la oscuridad en tu insegura senda
—tal una noche negra en el Sahara—,
si el confortante resplandor faltara?

Buen espíritu hermano:
que nuestro ensueño, ¡la celeste rosa!,
sobre la horrible prosa
del absurdo sainete cotidiano
esparza su fragancia milagrosa...
¡Que en el tedio, la gris monotonía
de la existencia, como en mar silente,
cubierto de una bruma opaca y fría,
dejes gallardamente
bogar la nave de la fantasía
bajel de encanto, de leyenda y mito;
trirreme engalanada,
cuya proa dorada
siempre está dirigida al infinito!...

TU DIADEMA

Como en un mar de sombra
se sumerge mi ser en tu mirada.
Deja hablar al silencio...
no me interrogues... calla...

En quietud expectante
languidecen soberbias nuestras almas,
y un pertinaz recuerdo las envuelve
con deliciosa, con mortal fragancia.

Como en un mar de sombra
mi voluntad naufraga:
es que vi la silueta del Destino
a través de tus lágrimas.

¡Oh, si me fuera dable
poder petrificarlas!
¡Qué diadema de fríos resplandores
para tu frente pálida!

ALEGRÍA DE LA PRIMAVERA

Ciégame, Primavera,
con el polvo de oro de tus alas,
o cubre, compasiva,
la triste desnudez de mi quimera
con luz y flores, ¡tus mejores galas!...
El cielo es un zafiro
que se empaña a los ojos del poeta
con el hálito tenue de un suspiro.
Hoy lo veo más claro y transparente
junto al fauno marmóreo de la fuente.
Y es que mi alma está henchida
de contento pagano,
de goce sin ponzoña.
¡Sano deleite de sentir la vida
palpitar bajo el sol!... Dame la mano,
mi enemigo, mi hermano...
Hoy el reseco tronco, el carcomido
árbol del Bien y el Mal, ha florecido...
¡He matado la sierpe tentadora!
Y en actitud altiva de Perseo,
expongo mi trofeo
de escamas relucientes
a los fúlgidos dardos de la aurora.
Apolo, Pitio, ¡surge!: tu mirada
a los monstruos rastreros anonada;
cual bandera triunfal despliega el manto
sobre el mundo, flechero victorioso,

y adormece a las Furias con tu canto,
Corifeo celeste, Luz del día,
¡Padre de la armonía!...

Ya la pompa solar radia en Oriente,
¡Qué frescura de cueva en el bosque!
¡Qué lánguida quietud en el ambiente!
El espíritu dócil, ¡cómo siente
el influjo risueño del paisaje!
Bajo el verde plafón del emparrado;
entre la mancha cónica del monte
y el parasol de gigantesco pino,
recorta el horizonte
un triángulo azul... ¡el Mar Latino!
Hacia él volad, halípteras nostalgias;
cruzadle, y hallaréis el limonero
junto al roble sagrado
en las riberas que cantaba Homero.

¡Oh, brillantes teorías de ilusiones!
Canéforas graciosas,
¿vuestros templos, no son los corazones?...
Coronadme de rosas:
este soldado inerte y fugitivo
abandonó el combate por buscaros:
¡quiere ser, como fue, vuestro cautivo!...
Ilusiones, bailad, que la floresta,
como el flamante cielo, está de fiesta.
Con la rítmica danza
flotarán vuestros peplos transparentes,
teñidos del color de la esperanza,
y al compás de los pífanos rientes,
del seco tableteo de los crótalos
y el son de los tambores,
¡repetid el cantar de mis amores!
Os daré la bebida perfumada
del viejo Anacreón; líquido fuego
que chispea en mi crátera colmada:

ved el iris temblando en las burbujas
cual promesa de paz y de alegría...
Escuchad esa voz, eco perdido
que murmura en mi oído:
no es tarde todavía...

Aún es tiempo, es verdad... ¿Habré soñado,
o he descubierto el íntimo tesoro
que en mi errante vivir busqué obstinado?...
Fue en la grata penumbra de la fronda...
La manzana cayó... Hizo una onda
en el puro cristal del agua quieta...
¡y yo vi la sonrisa de Gioconda
en un cándido rostro de Julieta!
Al despertar su corazón lozano,
debió el mío cumplir con su destino,
¡y arde en la hoguera del amor humano,
que tiene chispas del amor divino!
No es tarde todavía...
Aún es tiempo, es verdad... Por vez primera
entre la sombra del dolor moderno,
miro tu alma pagana, Primavera,
como tirso de fuego que surgiera
sobre el manto de brumas del Invierno.

RUBÉN DARÍO

Su credo religioso fue el credo del esteta.
Era su canto, insólito, renovador y osado.
Artífice del verso, cuantos él ha tallado
deslumbran con la audacia de una nueva faceta.

Ya descansa el espíritu del errante poeta,
el de faz impasible; pero siempre agitado
por sublime delirio, el delirio sagrado
y tal vez doloroso de Apolo Musageta...

Rubén Darío: tiene tu nombre las hermosas
irisaciones mágicas de las piedras preciosas;
y eso fuiste: un diamante de fulgor singular

que en el tesoro lírico brillará eternamente,
pues todo lo que es vida lo abarcaste en tu mente
maravillosa, inquieta, cambiante, como el mar.

Marzo 1916.

ENTRADA DE HELIOGÁBALO EN ROMA

A Víctor Sola

Elagábalus, niño afeminado,
Sacerdote del Sol, bello, triunfante,
el Foro cruza en carro deslumbrante
por mujeres desnudas arrastrado.

Sobre ricos tapices reclinado,
muestra a la muchedumbre delirante
la *Piedra Negra*, símbolo flamante
que en áureo pedestal luce a su lado.

El Augusto saluda sonriente...
Parece que con él llega de Oriente
cálido soplo y enervante aroma...

¡Tus vicios, joven *César*, son puñales
que hincarás con tus manos imperiales
en las entrañas de la vieja Roma!

LOS CAPRICHOS DE HELIOGÁBALO

A Guillermo Perera

Tras leves humaredas olorosas
exhaladas por trípodes de oro,
el «divino» Heliogábalo se muestra
inmóvil en su trono.

Vestido con asiático ropaje
de femenino corte y vivos tonos,
lleno de joyas fúlgidas, mantiene
imperturbable rigidez de icono.

Un irisado resplandor de gemas
forma nimbo fantástico a su rostro
en el que brillan como piedras falsas
los impávidos ojos.

Ya en su boca infantil cuajó ese gesto
fríamente cruel y desdeñoso
del déspota que todo lo desprecia
porque lo puede todo.

(Hay en la comisura de sus labios,
teñidos de carmín, dos surcos hondos:
rayas con que tachó, justa, la Vida
el encanto facial del gran vicioso.)

Los cortesanos le contemplan mudos.
¿Es un Dios? ¿Es un ídolo?... De pronto
se postran reverentes...
Suenan las voces del invisible coro:

«¡Loor al César, El Divino, Augusto,
Magnánimo, Clemente, Victorioso!
¡Loor al Gran Pontífice que trajo
la *Piedra Negra* de país remoto!»

Basiano se levanta, y ágilmente,
colocándose en pie sobre su trono,
arranca el broche que sujeta el manto
imperial a sus hombros.

Arroja al suelo el cinto de esmeraldas,
los joyeles de precio fabuloso,
el ropaje oriental que tiene orlas
bordadas con berilos y crisólitos...

Cae a sus pies la túnica postrera
y se yergue desnudo... Luce sólo
un collar de amuletos
de apagados cambiantes misteriosos.

En sonrisa triunfal se ha convertido
el gesto duro de sus labios rojos;
las heladas pupilas
ahora despiden fuego voluptuoso...

Lenta lluvia de pétalos desciende
sobre el cuerpo de gráciles contornos
que huella altivo, como regia ofrenda,
el esplendor de los joyeles rotos.

La multitud aplaude enloquecida
el impúdico rasgo al niño loco,
y con férvido arranque
une su voz al invisible coro:

«¡Salud, salud a ti, Divino, Augusto,
Clemente, Victorioso!
¡Loor al Gran Pontífice que trajo
la *Piedra Negra* de país remoto!»

PROSOPOPEYAS

La Amistad tiene cara de muy pocos amigos...
os lo juro; la he visto... y también vi al Amor.
Éste es bello, gracioso, rubio como los trigos,
fresco como las rosas, dulce como los higos;
pero... tuerto y un tanto vanidoso y traidor.

La Amistad, que acechaba al Amor, con la mano
le hizo señas, al verle, y gritó: «Ven acá:
para mí eres un primo, sólo un primo... lejano.
¿Por qué en ciertos instantes dices que eres mi hermano,
y otras veces te obstinas en que soy tu mamá?»

Y el Amor respondióle, con la faz sonriente:
«Soy el hijo de Venus...; ¡demasiado lo sé!
Ni te quiero ni admiro... ¡Huye, pues, imprudente,
que si ves a mi madre, si la miras de frente,
con mis débiles brazos de niño te ahogaré!»

LAS DOS VOCES

- ¿En qué fuego se enciende tu alma inquieta?
—¿Qué impura llama en tus pupilas vi?
—Te compadezco, asceta.
—Y yo, a mi vez, te compadezco a ti.

—La vida es un suplicio
si rechazas la copa del placer.

—La vida es sacrificio:
para cada minuto hay un deber.

- Parece en tu clepsidra cada gota
lágrima del Dolor...
—Y en la tuya... ¿qué habrá cuando esté rota
como un juguete del voluble Amor?

El agua, entonces, que midió tu vida
(vida estéril, sin fe)
inútilmente mirarás vertida...
—Yo, con ávido afán la beberé.

- Sentirás en la boca su amargura;
sabrás que sabe a hiel...
—La huella de los besos aún perdura:
¡llevo en los labios miel!

Y como he cosechado tantas rosas,
me acompaña un enjambre musical:
¡los recuerdos, abejas armoniosas
que labran su panal!

DE MI CARTERA

¿Sabes por qué soy insensible y frío?..
Mira mi corazón, que no fue mío:
al presente no es más —aunque te asombre—,
que un antiguo dolor petrificado..
El él grabé, como epitafio, un nombre:
¡el tiempo, compasivo, lo ha borrado!

LAS FOLÍAS

Cuando en la paz nocturna, la vega solitaria
cruza el eco sonoro de remota canción
y es la clásica nuestra, la folía canaria,
¡con qué recogimiento la escucha el corazón!

Ella tiene el encanto de sencilla plegaria;
de amorosos reproches la dulce persuasión,
y es viril como un reto —¡el alma de Nivaria!—;
alguna vez mordiente cual una maldición.

Late el alma de España en cantos populares,
y esta tierra africana sintetiza en cantares,
por ser muy española, su gozo y su pesar...

Honremos las folías, a cuyas vibraciones
resplandecen tesoros... ¡tesoros de emociones,
que una raza está muerta si no sabe cantar!

EROS

Besa un rayo de sol de primavera
en el rostro pueril a Eros dormido;
los rizos de su blonda cabellera
brillan con el fulgor de oro bruñido.

Es su boca purpúrea y hechicera,
un diminuto corazón partido;
cada pestaña, flecha traicionera,
dardo de luz de su carcaj temido.

Hay en sus alas cortas y sutiles
el bello tornasol, inolvidable,
que tienen nuestros sueños juveniles,

y tibio soplo de sus labios mana,
que esparce un polen místico, impalpable,
como el secreto de la vida humana...

LA CANCIÓN DEL EUNUCO

Tu harén está vacío. La favorita, muerta.
Tu harén está vacío como mi corazón...
Sólo queda el eunuco nostálgico en la puerta,
que aduerme su fastidio con lánguida canción.

Oye la amarga trova del árabe importuno
que canta dolorido su horóscopo fatal
y dice los secretos del mirador moruno
turbando del serrallo la calma sepulcral:

—Padezco como Tántalo: con lúbricas delicias
sus ojos me brindaban... Mis párpados cerré.
Sus labios me humillaron con cálidas caricias;
los míos se esquivaban... Besar, ¿y para qué?

Recorro los jardines, las sendas más umbrosas,
en busca de un retiro donde poder llorar,
y en todos los rincones parejas hay dichosas
que me rechazan... ¡Piensan que yo no puedo amar!

Rayo de luna, dame tu místico consuelo;
consuelo que no hay lengua que pueda definir;
caricia que desciende desde el callado cielo
y dice sin palabras: «Prepárate a partir...»

¿Por qué nos has dejado, sultana dolorida?
¿Por qué ya no resuena tu voz en el harén?
Amores imposibles causaron tu honda herida;
amores imposibles me matarán también.

¿Existen los fantasmas?... Ayer, junto a la fuente,
una furtiva sombra surgió cerca de mí,
y se alejó llorando, tras de besar mi frente.
Yo no sé si he soñado... Yo no sé si la vi...

A UNA FRÁGIL BELDAD

La sombra que proyecta tu equívoco pasado
se filtra por tus ojos, ¡oh, lánguida beldad!
Amargas flores brotan entre tus labios finos:
la irónica sonrisa, la réplica mordaz.

Los bucles de áureo brillo que nimban tu cabeza,
febriles ansias de oro parecen reflejar...
Con oro sueña un alma, como tu seno, estéril;
cruel como tu risa; como tu amor, venal.

Mundanas conveniencias hollaste desdeñosa;
mas tienes el imperio despótico y procaz
de lúbricos encantos que encienden las pupilas
a imberbes ojerosos y a sátiros de frac.

Tu boda... ¡La recuerdo!: cual tímida doncella
mirabas, ruborosa, el ramo de azahar...
No sé qué voz amable me dijo quedamente:
«Pudor de cortesana... Descoco de vestal...»

Tu boda... ¡No la olvido!: absorto te miraba
envuelta en blanco velo —albor de castidad—,
y vi que ante la Virgen, con lágrimas de cera,
lloraban de bochorno los cirios del altar.

A MADEMOISELLE P.

El pretérito amor que al verte invoco
acaricias aún, ¡cuando está yerto!...
Me recuerdas, incauta, el mago loco
que pretendía reanimar lo muerto.

Aquella larva de pasión evoco
en mis nostalgias, y a explicar no acierto
cómo tanto vivió, viviendo poco...
¿Puede acaso existir lo que no es cierto?

Cupidillo venal, engendro impuro,
¡con qué cínica gracia me has robado
y qué final hallaste, prematuro!

Triste y grotesco fue porque eras mío...
¡Con encajes y joyas ataviado,
aquel mísero amor murió de frío!

PAISAJE

Tiñe el cielo un albor nácar y rosa
en que la agreste sierra delinea
sus monstruosos picachos. Centellea
Venus como una joya esplendorosa.

Parece que entre sueños aún reposa,
allá en el valle húmedo, la aldea
envuelta en niebla matinal. Gorjea
una turba de alondras bulliciosas.

Vibra en la pura atmósfera tranquila
el agudo repique de una esquila;
se oye de un tren el trepidar distante...

El cercano pinar, hosco y sombrío,
espera, estremeciéndose de frío,
el primer beso de la luz triunfante.

RUTAS EN LA SOMBRA

«Resignación y Paz»: es la divisa
de una mujer... ¡un corazón marchito!
¡Siempre con melancólica sonrisa,
de protesta o dolor sofoca el grito!

En sus ojos humildes se trasluce
la tristeza de un alma sin fortuna;
en su abatida frente ¡cómo luce
no sé qué vaga palidez de luna!...

Dios, que marca en espacios ignorados
las elipses de mundos tenebrosos,
las órbitas de soles apagados,

marca también la ruta ensombrecida
a espíritus que arrastran, silenciosos,
la fatal pesadumbre de su vida.

ELOGIO DE LAS PEQUEÑAS MENTIRAS

*A una «incógnita» graciosa,
casquivana y mentirosa*

Es un alma tan extraña
que adoro su falsedad;
sólo creo que me engaña
cuando dice la verdad...
Tiene, con gracia consciente,
tal inconsciencia infantil,
que su astucia es inocente
y su malicia, pueril.
Y saborea el engaño
como si fuese un bombón...
¡No hay amargura en el daño
ni hay traición!
Son sus labios embusteros
y golosos
los primeros
que mintiendo me parecen deliciosos...

Yo bendigo la mentira
cuando nos hace reír;
cuando inspira
el desdén para lo serio y las ansias de vivir

Bendigo la que provoca
esa divina inquietud
que es la vida de la loca
juventud.

Bendigo la que se vende,
entre risueña y procaz,
y en el encanto nos prende
de una promesa fugaz.

Y la que trae consigo
el opio para el dolor.
Y sobre todas bendigo...

No lo digo...

¡Aún hay tantos que aseguran que es verdad
que existe amor!

ANACREONTE

A Mariano Daranas

Viejo maravilloso, amador de la Vida,
que era como la amante para ti preferida:
¡cuán sabiamente uniste
la frialdad de tus labios a su boca encendida!
¡Con qué amable optimismo al dolor sonreíste!
Sintiendo la alegría triunfadora del fuerte,
sepultaste entre flores el terror de la muerte...

¡Jamás fueron grotescas tus manos temblorosas
si a tus sienes ceñían
en banquetes orgiásticos la corona de rosas!
Tus férvidas escolias alegres repetían
con música de besos las voces juveniles,
y aquellos versos mágicos, graciosos y gentiles,
despertaban enjambres de ardorosos ensueños
en las cándidas frentes de los rostros risueños;
porque era el ritmo en todas tus estrofas aladas
como latir de arterias por la fiebre inflamadas;
porque en él exaltaste la sensual emoción
que florece secreta en todo corazón...

¡Oh, poeta divino
de los amores fáciles, de las danzas y el vino!:
¿qué importaba que Eros te clavase algún dardo
si el temible chiquillo, por curarte la herida,
restañaba la sangre con sus dedos de nardo?...

Atropos, la insensible, ¿no lloró arrepentida
tras de cortar el hilo áureo de tu existencia?
¡Fue trincar bruscamente una suave cadencia!...
¡Fue romper el encanto, la embriaguez voluptuosa
de la onda armoniosa!
Porque toda tu vida nos parece como una
serenata amorosa
en un parque florido y al claror de la luna.

EN LA PENUMBRA

A León de las Casas

En la penumbra del salón callado,
mientras la lluvia en el cristal se estrella,
el viejo solterón ensimismado
mira la llama que el hogar destella.

¿Qué dejó en su memoria —yermo helado—,
el Amor al pasar?... Furtiva huella:
¡sólo un beso frenético robado
a una mujer apasionada y bella!

¡Oh, recóndita y dulce remembranza:
tus ciegos aleteos de esperanza
son entre ruinas moribundo alarde!

Da una hora remoto campanario,
y... «ya es muy tarde... ¡demasiado tarde!»
murmura tristemente el solitario.

ESFINGE

Me seducen las almas complicadas.
Espíritus sencillos, no me atraen...
Hay un complejo enigma en tus miradas,
que jamás de las mías se retraen.

Los ojos son, en tu semblante serio,
dos enlutados que a luchar me retan:
los sombríos guardianes del misterio
con su serena impavidez me inquietan.

¿Conseguiré que rompan su mutismo?
¿Llegaré a sondear en lo insondable?
¿Mi voluntad descubrirá el abismo
tras tu marmórea frente impenetrable?

¿Te sangra el corazón o la conciencia?
¿Qué recónditas huellas ha dejado
el paso del amor en tu existencia?
Tus ojos sólo dicen: «Ha pasado...»

ELEGÍA

(En memoria de Emilio Calzadilla)

Se ve desde mi casa
destacarse a lo lejos,
tras la sombría masa de laureles,
los muros del antiguo cementerio.
¡Qué honda paz, qué tristeza
bajo la clara luz de nuestro cielo,
envuelven el recinto, siempre mudo,
en donde guarda la ciudad sus muertos!
En las tórridas horas de la siesta
es más hosco, más grave aquel silencio...
Yo quiero traducirlo con palabras
que broten temblorosas del Misterio;
mas la cerrada verja,
a través de la cual las tumbas veo,
parece que me dice: «Tente, loco;
soy una frágil valla al pensamiento,
pero ante mí se estrella
su verbal expresión. Guarda tu anhelo...
Quizás algún día lo verás cumplido:
cuando la Esfinge te hable de lo eterno;
cuando puedas glosar la amarga estrofa,
último adiós de los que *ya partieron*;
la estrofa nunca oída que aletea
entre sus labios yertos...»

Bajo el oro del sol, es torvo y triste
el sacro pudridero;
a la fría caricia de la luna
tiene un místico encanto, casi es bello;
al pálido fulgor de las estrellas
—faros remotos de brillar incierto—,
se condensa en el fúnebre recinto
toda la sombra que llevamos dentro...

Se ve desde mi casa
destacarse a lo lejos,
tras de la oscura masa de laureles,
los muros del antiguo cementerio...
Y pienso: allí está Emilio,
tendido, inmóvil, rígido en su féretro.
Allí está... ¿Y es posible
que entre las tablas de un cajón estrecho
se encierre cuanto ayer para nosotros
era energía, juventud y afecto?
¿Es todo lo que resta de aquel hombre
generoso y cordial, sutil e inquieto,
batallador y osado, a quien la Vida
hirió a traición mientras la daba un beso?...
Y una voz, que no es voz, porque en el fondo
de nuestro ser tan sólo encuentra eco,
—aquélla con que el alma de la noche
nos habla muchas veces en secreto—,
dice: «No des a Dios lo que es del César,
ni a la tierra has de dar lo que es del cielo...
El cadáver de aquel que fue tu amigo
es menos que su sombra... Tras el velo
de la *ilusión-materia*, ¿no columbras
un resplandor?... Porque en el charco infecto
mires fulgir como estelar tesoro
espléndidos luceros
¿no busques en el barro
esas rosas de luz del firmamento!

Aquel amigo a quien hirió la Vida
con su efímero cetro
—con el tirso, ese emblema
del carnaval grotesco—,
está cerca, muy cerca de tu espíritu;
de la muda necrópolis, muy lejos...»

Es verdad. Tú dejaste, pobre Emilio,
tu corazón al pueblo...
¡Aún late entre nosotros,
en ritmo sus latidos con los nuestros!
Con *astral* percepción sabrás, de fijo,
cómo a través del tiempo,
en esta isla que adoraste tanto
guarda por ti un suspiro cada pecho,
¡cómo por ti ha encendido Tenerife
la lámpara inextinta del recuerdo!

Santa Cruz de Tenerife, abril 1916.

DESALIENTO

Bajo el cegante fuego de la celeste hoguera,
¿te extrañas de que tenga mi espíritu aterido?...
¡Si pudiese en tus manos, como en cálido nido,
dejar que reposara mi corazón!... Quisiera

mitigar a tu lado la inquietud de la espera;
suavizar esta angustia del interno latido
que parece medirme todo el tiempo vivido
en inútil acecho de una vaga quimera...

Perdona si, temblando, esta pobre alma mía
el erial te descubre de su melancolía;
—¡oh, qué absurdo: mirándote, recordar el dolor!—;

pero tiene la Vida una faz tan cansada...
La Amistad hoy me ha herido con su mano enguantada...
Hoy con sus ojos ciegos ha llorado el Amor...

PÉREZ GALDÓS⁽¹⁾

Su obra es una montaña. Le miro desde el llano
subir, subir sereno hasta la cumbre ingente;
y a través de la fama —esa mágica lente—,
más grande le contemplo cuando está más lejano...

La gloria le conduce, le lleva de la mano,
¡la gloria, que, al besarle solícita en la frente,
con un excelso rayo del nimbo refulgente
quemó las fatigadas pupilas del anciano!

Y ese Rey de las letras, ese Rey venerable
que escribió con su cetro, con su pluma incansable
episodios sublimes de una Historia inmortal,

casi es pobre... ¡Oh, España!: el laurel y la rosa
que le ofreces al hijo de que estás orgullosa,
junta en broche de oro... ¡es deber maternal!

(1) Soneto leído en la velada que en honor del insigne escritor se celebró en el Thermal Palace (Tenerife), en 1915.

VIBRACIONES

A D. Lucas Martín (M.S.T.)

Lo que no concibe un cuerdo,
quizás lo comprenda un *loco*...

Quien se asoma a lo imposible
ve lo real ilusorio;
mirando fijo a las sombras
veréis algo luminoso
Yo sondé mi abismo interno:
 desde el fondo
desgarraba las tinieblas
un resplandor... Poco a poco
la soledad revelóme
el más extraño tesoro,
y la vida de los muertos
sentí palpitar en torno...

Esa cortina tan negra
—tan negra para *nosotros*—,
que nos oculta el Misterio
 pavoroso,
la vi moverse, agitada
por fuerte y cálido soplo:
¡era la brisa fecunda
del más allá, de lo ignoto!

De entonces, entre los vivos
estoy solo;
para sus vanos clamores
estoy sordo;
con los párpados cerrados
mejor lo contemplo todo,
y cada vez el silencio
me parece más sonoro...
Lo pasado... nada importa
y lo actual... ¡pasa tan pronto!...
¡Siento un desdén compasivo
por la risa y el sollozo!

ALCIBÍADES

A María Zerolo

Él es la encarnación del aticismo;
es un vástago en flor de la nobleza;
de vicios y virtudes raro abismo
bajo un iris de gracia y gentileza.

Elegante y burlón, une en sí mismo
frívola, cortesana ligereza
con gallardos arranques de heroísmo
y secretos impulsos de fiereza.

Fastuoso como sátrapa de Oriente,
Alcibíades, el bello, el indolente,
asombra a Esparta como gran soldado.

Ama el estudio y el placer que enerva:
es un hijo de Venus engendrado
a la sombra del casco de Minerva.

UN NECRÓMANO

Su domicilio se ignora;
se ignoran también sus hechos;
su existencia es un enigma
y su origen un misterio...
Es su edad indefinible:
puede ser joven o viejo.
El rostro largo, afeitado,
exangüe como el de un muerto.
Hay en su helada sonrisa
algo lúgubre y siniestro;
hay crueldad en la fijeza
de sus ojillos de acero...
A veces, la diestra mano
se lleva al hundido pecho
como calmando la oculta
palpitación de un deseo;
y sus dientes apretados,
sus dientes amarillentos,
cárcel son para una lengua
mal guardiana de un secreto...
Se le ha visto siempre solo,
vestido siempre de negro,
buscar las desiertas plazas,
los solitarios paseos;
y no falta quien afirme
que en cruda noche de invierno
rondaba las viejas tapias

del dormido cementerio,
y que a ratos, tras la verja,
quedaba como en acecho,
entre el mármol de las tumbas
buscando los nichos nuevos...;
los nichos que, al plenilunio,
entrevistos desde lejos,
azulean vagamente,
mezclando en tonos inciertos,
blancura de carne enferma
y palideces de hueso...

HERMES DE PRAXITELES

Contemplad esa estatua, la más bella
que helénicos artistas han creado;
el mármol guarda la gloriosa huella
de un cincel por los dioses consagrado.
Si amáis el arte, miraréis en ella
la gracia que redime del pecado,
¡la gracia de la forma soberana,
a la par tan divina y tan humana!

EL VENENO DE LA MELANCOLÍA

Hoy se baña mi alma —que cobarde corría
bordeando el torrente del humano dolor—,
en el suave remanso de la melancolía,
donde suele mirarse, pensativo, el Amor.

Y la luz del pasado —triste luz, vaga y fría—,
se refleja en el agua que mitiga mi ardor...
Una sombra a lo lejos, solitaria, me espía...
¡Adivino sus ojos de febril resplandor!

Peligroso remanso: tu ribera encantada
tiene el hondo misterio de la paz deseada...
¿Es astuta celada
que el Destino me tiende para verme caer?

He mojado los labios en tu linfa serena:
si es licor que adormece, si mis ansias refrena
y después... envenena,
¡en el negro torrente vale más perecer!

VOCES DE ANTAÑO

- ¡Socorredme: estoy herido!
—¿Por quién, paje seductor?
—Señora, por un bandido
tan bello como atrevido;
luchamos y me ha vencido...
—Le conozco: es el Amor.
—¿Y causa heridas de muerte?
—*Curadas*, niño, por mí
son mortales... ¡Bien se advierte
que ha sido tu mala suerte
la que te condujo aquí!
—No fue, señora, el azar:
atravesé la espesura
del bosque, en la noche oscura,
persiguiendo la ventura
de poderos contemplar,
y pues mi herida se inflama
desde el momento en que os vi;
si zarza soy y vos llama,
y no podéis ser mi dama
porque plebeyo nací;
si matáis por *hechicera*...,
¡me valga la Inquisición!,
debéis arder en la hoguera
que llevo en el corazón.
—Envuelves en frase dura
la dulzura

de tu ingenuo madrigal...
No te alienta mi sonrisa
a que avances tan deprisa
por el sendero fatal...

Sigue, doncel, mis consejos:
que del alba a los reflejos
te halles lejos
de esta callada mansión
donde hay mazmorras... cadenas...
y garfios en las almenas
del sombrío torreón...

Escapa de ocultas redes;
aquí oyen las paredes,
aquí los tapices ven,
aquí la envidia recela,
aquí la sospecha vela,
y la calumnia también...

Vete lejos, pobre paje;
emprende herido tu viaje
por el camino real.
—En él estoy, ¡reina mía!...

¿Endulzaréis mi agonía
con la suave melodía
de vuestra voz de cristal?
Soy un reo que os implora:
esta mi herida traidora
curadla, curadla ahora,
y después...
¡cuando despunte la aurora
habré muerto a vuestros pies!

DIÓGENES

A Domingo J. Manrique

Se apagó tu linterna. Lo insondable
sigue en sombras allende las estrellas...
La esperanza, que es luz, asoma en ellas
con un temblor de angustia interminable...

Rey del sarcasmo, ruge, formidable,
del polvo que guardó tus hondas huellas:
vuelve y confunde con audacias bellas
a la grey solapada y despreciable.

Mire la Humanidad —que en el abismo
de la nada sepulta sus trabajos—,
la más tremenda sátira en ti mismo:

Expón al sol sus pensamientos bajos,
y escúpele altanero tu cinismo
arrastrando orgulloso tus andrajos.

A D. JUAN SANTA CRUZ
(que asegura estar enamorado de la vida)

*Usted, que en los jardines cerrados de Epicuro
no encuentra los rosales que antaño florecieron,
perdone si le hiere mi verso tosco y duro:
¡son ciegas mis estrofas, y para usted nacieron!*

Los viejos, hoy, acaso adoren la existencia;
los jóvenes ignoran el gozo de reír...
¿Qué bruma les envuelve que no es la indiferencia?
Se aburren de la vida... y hay miedo de morir.

¡Lo mismo siempre, siempre!... Ya el mundo está
cansado.

La sed de nuevos goces agrava nuestro mal...
Las Evas elegantes, ante el *primer pecado*
preguntan: «¿Todavía se llama *original?*»

El hombre, sabiamente, los milenarios vicios
escarba, y busca en vano un resto de ilusión.
Inútil es que invente sutiles artificios:
¡nos pesa demasiado el yerto corazón!

Colúmbrase otra vida magnífica... ¡tan alta!
la vida pura y noble de amar y de sentir;
mas... calladlo, poetas: no incurráis en la falta
de escribir versos tristes que nos hagan reír...

Mientras se mueva todo alrededor de un eje,
un eje muy prosaico —la médula espinal—,
no es lícito que nadie suspire ni se queje,
ni llore por lo eterno ni cante un ideal.

No falta quienes juren estar enamorados
de la Vida... ¡Soberbio! ¡Me parece muy bien!
La Vida tiene muchos amantes... desairados.
Yo soy uno de ellos... Acaso usted también.

EN VOZ BAJA

Adivino el origen
de tu pesar secreto;
la causa de este hastío,
como tus ojos, negro.

Te lo diré en voz baja:
es el remordimiento...
Los espíritus fuertes
lo disfrazan de tedio.

LAS VÍCTIMAS DE PROMETEO

A Luis Rodríguez Figueroa

Si el verdadero amor casi es divino,
¿por qué lo profanamos?
¿A qué manchar el beso de las almas
con el impuro roce de los labios?
¡Oh, los ojos perversos que insinúan
las recónditas ansias que callamos!

Cuando dos cuerpos jóvenes se buscan
y en férvidos espasmos
fingen dos enemigos jadeantes
que se unen locos en mortal abrazo,
quizás los dos espíritus cautivos
se miren angustiados...
Almas, ¿qué sois entonces?
¿Mariposas clavadas en el barro
que al agitar las alas impotentes
mezclan el oro de impalpable tamo
y en él se envuelven como en casta nube?...

Una noche, extraviado,
yo vi dos llamas tenues y azuladas
juntarse sobre el lecho de un pantano;
yo he visto ennoblecer la podredumbre
y romper las tinieblas del osario,

como pálidas flores que se besan,
el brillo triste de los fuegos fatuos...

Almas puras, ¿qué sois en nuestra carne?:
¡los celestes forzados
de ese instinto que es padre de la vida
y rufián y escudero del pecado!
Espíritus de luz, rayos del Logos,
aquel mito pagano
en que un ladrón, tras de escalar el cielo,
purga el delito infame de robaros,
tiene un final que abate la justicia
y que proclama al fuerte soberano:
¿Por qué Herakles liberta a Prometeo
si aún vosotros estáis encadenados?...
Pero no importa, vuestra excelsa lumbre
diviniza a la tierra y al espacio;
luce como la antorcha de Himeneo
en las miserias del amor humano;
pone destellos de estelar pureza
en oscuros contactos,
y se dilata en piélagos radiantes
con el choque fecundo de los astros.

AUTOSILUETA MORAL

A nadie culpo; malgasté mi vida,
y nadie más que yo fue mi enemigo.
El Placer —ese frívolo homicida—,
salió a mi encuentro, caminó conmigo.

Tengo el alma sangrando y aterida,
y ni aun a la amistad le pido abrigo;
espinas de un rosal causan su herida...
¡yo sonrío al dolor, no lo maldigo!

Porque sé idealizar busco lo humano;
soy un ser anacrónico, un pagano
que en vergeles quiméricos se encierra,

y no cambia un oasis de su historia
por todas las diademas de la gloria
y todos los tesoros de la tierra.

BOCETO DE RETRATO

(DEL NATURAL)

Está solo en una estancia
de tapices recubierta.
Cruzan suspiros de fronda
por la ventana entreabierta.

Vestida de terciopelo
su esbelta, grácil figura,
del rojo diván destaca
con indolente postura.

Rostro pálido y altivo
de príncipe adolescente;
el ondulante cabello
que casi cubre la frente

descansa en rubias guedejas
sobre el cuello de su traje:
ancho cuello veneciano
de sutilísimo encaje.

En sus labios infantiles,
frescos pétalos de rosa,
hay un gesto prematuro
de sonrisa desdeñosa.

Y las pupilas de ámbar,
a través de la vidriera,
reflejan indiferentes
la luz de la primavera...

En la diestra mano luce
el crisólito grabado
de magnífica sortija:
es un sello blasonado,

y en su escudo, que remata
el casco de caballero,
ostenta en campo de oro
un pájaro prisionero...

RIMAS DEL DOLOR

*«Et nous, dans cette voix sans charmes,
qui gémit en sortant du coeur,
on sent toujours trembler des larmes,
ou retentir une douleur!»*

LAMARTINE

I

EN EL CEMENTERIO DE VERONA

Desde lejanas tierras,
ya que no puedo verte,
vengo a llorar en el rincón florido
en donde, avara, te guardó la muerte,
¡Qué angustioso silencio
en torno de tu nicho abandonado!...
¡Pobre, pobre amor mío,
qué solo te han dejado!
Debo, ¡hasta yo!, dejarte;
reanudaré mi vida errante y triste:
¡yo también estoy solo
desde que tú partiste!
Por el mundo paseo
mi corazón inerte, parecido
a esa lápida fría
donde tu amado nombre está esculpido.
Ya no saben besar mis mustios labios
de mueca indiferente:
apagóse su ardor con tu existencia;
mi último beso te lo di en la frente.

Purificó mi alma la caricia
postrera de tus ojos entreabiertos...
Que me dejen soñar... En sueños dicen
que nos besan las sombras de los muertos.
Y la tuya, sumisa,
me parece que acude si la evoco:
más allá del abismo de la muerte
no podrás olvidar... ¡ni yo tampoco!
¡Adiós!... Esta corona que te traigo,
de lágrimas regada,
hollará el caminante indiferente...
¡pobre ofrenda en la tierra deshojada!;
mas su aroma, perfume de recuerdos,
no se pierde en la brisa que la orea;
es mi fiel mensajero, va en tu busca
al infinito, al cielo..., ¡adonde sea!

II

EL RAYO VERDE

Una mirada fue, que no se olvida;
una postrer mirada persistente...
Su inefable expresión flota en mi mente
cual remembranza tierna y dolorida.

Aún me atormenta la visión querida
de aquel pálido rostro adolescente
donde miré apagarse, dulcemente,
la tenue llama de su corta vida.

En alta mar, en días de bonanza,
envía el sol sus últimos destellos
del color ideal de la esperanza.

Así sus verdes ojos me miraron,
sus ojos melancólicos, ¡tan bellos!,
y luego para siempre se cerraron...

III

ALBA TRISTE

Un oculto jilguero, desde el parque
modula su canción primaveral,
inundando el silencio de mi alcoba
con su claro gorjeo matinal.

Y la luz, oro-pálido, del alba
que filtra la persiana del balcón,
llega hasta el lecho donde yazgo insomne
hablando con mi propio corazón.

El aire con fragancias de jacintos
—flores amadas por quien tanto amé—,
aspiro con el íntimo deleite
de revivir soñando lo que fue...

Mañanas venturosas de mi vida,
¡cuántas veces os viera despuntar
contemplando los montes de Sorrento
junto a aquella casita frente al mar!

Juvenil esperanza que en mi espíritu
brillaste cual sereno amanecer:
yo te vi despuntar con cada aurora
y en luminosas ráfagas crecer...

Encantada ribera del Tirreno,
¿dónde encontrar la dicha sino en ti?
¿Y para qué buscarla nuevamente,
si ya ni sombra soy de lo que fui?

Si el fresco aroma de mi oculto idilio
el soplo de la muerte disipó,
¿para qué suspirar bajo tu cielo
esperando una nube que pasó?

Esta noche, con ojos de sonámbulo,
miré abrirse mis flores de dolor...
Si vivir sin ensueños es muy triste,
el vivir recordando no es mejor.

¡Oh, jilguero del parque, desde el nido
cántame tu canción primaveral;
llena el hosco silencio de mi alma
con tu claro gorjeo matinal!

IV

ESTANCIAS A LA LUNA

Lámpara de alabastro, adoro tu luz fría.
Mirándote suspensa de la extensión astral
oigo la pitagórica, excelsa melodía,
el ritmo que regula con mágica armonía
el coro de los mundos en danza sideral.

Tu brillo es suave y casto como infantil ensueño;
parece que nos besa con infinito amor...
Incitas al olvido del perdurable sueño...
Si lánguida te escondes tras de cendal sedoso,
después luces más clara, linterna del dolor.

Pupila de la noche, quizás desde tu altura
has visto las quimeras de mi pueril edad
trocadas en visiones de férvida hermosura,
¡fantasmas tentadores que amé con llama impura
cuando sentí en las venas calor de pubertad!

Después... viste vacío mi oculto relicario.
Cual cáliz de tristeza te abrí mi corazón,
¡cuántas veces, errante por parque solitario,
por los desiertos muelles, o al pie del campanario
de alguna vieja plaza, perdido en un rincón!

Mis ídolos de antaño con la ilusión postrera,
en ronda fugitiva ¡qué lejos van de mí!
Las rosas que deshojo no son de Primavera...
La Fortuna, esa dama que ni cita ni espera,
me hizo señas de lejos, pero yo... no acudí.

No acudí, y hoy me pesa: de mi vida futura
en el hosco sendero hay más sombra que luz...
Traté con fariseos, rasgué mi vestidura,
llagado voy siguiendo mi calle de amargura
y he caído tres veces al peso de mi cruz.

.....

Satélite forzoso de un mundo irredimible,
me explico tu cansada palidez fantasmal...
¡Oh, Luna!, nuestro rudo combate ¡qué risible
debe ser contemplado desde el cielo impasible
donde arrastras el tedio de una esclava inmortal!

Si besa en mi agonía tu resplandor mi frente,
un célico destello te pido, ¡nada más!
¡Oh, blanca rondadora de peplo refulgente
que ves correr la vida oyendo indiferente
una pregunta eterna sin responder jamás!

V

En un charco de lágrimas sepultaré su imagen.
—me dije sollozando—, ahogaré mi dolor;
quiero ocultar la sombra de un ensueño truncado,
ensueño que ha lucido como el almendro en flor.

Hoy sé ya que las lágrimas se evaporan muy pronto.
La imagen insepulta, otra vez, contumaz,
como reproche mudo al pasajero olvido,
junto a mi lecho vela para turbar mi paz...

VI

NOCTURNO

Bajo el cielo estrellado
la tierra está en reposo, el mar callado.
De un enjambre de lanchas pescadoras
parpadean las luces a lo lejos,
bordando el negro manto de las aguas
de undívagos reflejos.
Y es grato el tibio aliento de las ondas,
la suave brisa que al besar mi frente,
desde el hondo misterio de la noche
trae recuerdos de la patria ausente;
extrañas añoranzas,
olvidados amores, esperanzas,
y ese infinito anhelo
que sólo punza nuestras almas presas
cuando miran, sedientas de promesas,
la inmensidad del mar o la del cielo.
¿Qué buscará mi alma,
incansable vigía,
oteando el monótono horizonte
de su melancolía?...

Estoy solo... Estoy solo,
y puedo deshojar con mano incierta,
sin que ajenas miradas la profanen,
la mustia flor de mi esperanza muerta.

Y arrojando mi máscara impasible,
burlarme sin piedad de lo que es duelo,
y llorar tiernamente lo risible.
¡Estas lágrimas mías,
que elabora un amargo escepticismo,
tienen dulzuras de lejanos días!...

Del ámbito social, mar de egoísmo,
me aparto receloso...
¡Ay, si sus turbias olas me arrebatan
lo que aún guardo de noble y generoso!
Y así, sordo a la voz de Anacreonte;
mudo para expresar una plegaria,
voy apurando como amargo vino
mi anónima existencia solitaria.
A veces me acaricia
el pensamiento de acabar con ella:
desde el fondo enigmático del cielo
me contiene el temblor de alguna estrella...
Hay que vivir: suprema voz lo manda;
pues ¡a vivir!, pero vivir de prisa.
Falta saber si al acabar se empieza...
Finjamos una máscara de risa,
¡y a embozarme de nuevo en mi tristeza!

VII

EL LIBRO DE MI VIDA

Es un goce triste,
un placer amargo,
evocar las horas
de tiempos lejanos.

A veces, el alma
volviendo al pasado,
de mi propia vida
las hojas repaso:

Novela de un hombre,
poema prosaico,
tragedia risible,
sainete dramático...

Hay líneas borradas
por gotas de llanto;
hay otras que huellas
de besos guardaron...

Hay párrafos breves
de goces truncados;
de penas muy hondas,
capítulos largos.

Con angustia miro
las hojas en blanco,
las hojas que esperan...
Correrán los años,

y si llego a viejo,
diré suspirando
al cerrar la historia
con gesto cansado:

Mis horas felices,
los mejores ratos,
en los que *he vivido*,
los pasé soñando...

De
BURBUJAS

5

¡Qué feliz conjunción!
No existe matrimonio más parejo
que el de doña Matilde y don Zenón:
Él es un zorro viejo
y ella es... de la misma condición.
En cambio, el célebre pianista Vera
se casó y anda triste y caviloso;
le sobra algo para ser dichoso...
Ella es tiple... ligera
y él es un «virtuoso».

15

Una gitana vieja
ha leído en la palma de tu mano,
yo no sé qué presagios tenebrosos,
que tú pretendes olvidar en vano.

Y por no ver las líneas
que encierran el misterio de tu sino
las ocultas con guantes... ¡Es inútil
que le pongamos fundas al destino!

23

¡Qué hermosísima criatura!
¡Qué gran mujer! ¡Qué figura!
¡Qué rostro tan hechicero!
Sólo le falta un letrero:
«Cuidado con la pintura».

24

La historia de mi vida: Un cuento largo y soso;
novela por entregas sin trama ni emoción;
hasta el protagonista llegóme a ser odioso...
A veces he pensado dejar la suscripción.

29

Un sujeto que pretende
reformular la sociedad;
un apóstol, bien comido,
(a costa de los demás)
gritaba con voz de trueno:
«¡No se puede tolerar
que haya *clases*, si los hombres
descendemos de un Adán!
¡Iguales todos! —clamaba—
¡Iguales!... ¡Viva Marat!»
Y yo, mirando a su abdomen
le dije: «Por caridad,
aunque sea por la estética,
no nos hables de igualdad».

37

Ya me han inoculado
el virus de la rabia:
todo aquel que me muerda
pierde el tiempo, los dientes y la baba...

60

No olvidarse del precepto:
«huir de la suciedad».
(Es más sano en mi concepto
«huir de la sociedad»).

65

—Con ser obispo muy pronto
sueña don Pío, el deán;
pero se halla delicado,
creo que no lo será...
—¿De qué padece el canónigo?
—De insuficiencia mitral.

74

En el teatro de la humana farsa,
ya que no puedo ser primer actor
antes que hacer papeles de comparsa
he preferido ser espectador.

99

Mediten sobre esta tumba
el casado y el soltero.
Bajo una piedra se guardan
de un matrimonio los restos...
Desgraciadas Artemisas
que os *bebéis* a Mausoleo:
envidia a estos esposos
que juntos gozan del cielo,
que fieles hasta la muerte
dejaron la vida a un tiempo...
(Fue la única ocasión
en que se hallaron de acuerdo).

118

Ayer te vi: estabas bello;
desde el ombligo hasta el cuello,
cien cruces; al cinto espada...
Quincallería dorada
y seriedad de camello;
total: nada.

120

La política presente...
En mi «torre de marfil»,
cuando pienso en cierta gente,
pregunto tímidamente:
¿Qué hace la Guardia Civil?...

124

Pasea una chica coja;
se encuentra un amigo manco;
él dice: «a los pies de usted»;
ella: «beso a usted la mano»...
¿Verdad, lector, que en casos especiales
no encajan ciertas fórmulas usuales?

164

Tiene don Zacarías
metálica la voz, cobrizo el rostro,
la voluntad de hierro,
el corazón de oro,
y como es precavido
anda con pies de plomo...
¡El hombre más *pesado*
que existe en este mundo y en el otro!

200

Ten mucha precaución, porque hay pillines
y son hombres de fines...
que aparentan ser hombres de principios.

De
HUELLAS EN EL PÁRAMO

UNA ROSA MUERE...

En mi cuarto de célibe donde jamás hay flores,
hoy una rosa muestra sus pálidos colores
en frágil vaso de cristal;
la pobre flor perfuma con su lenta agonía
el tedio y el silencio de la estancia sombría
en una tarde plena de tristeza invernal.

Y pienso, un poco fatuo: aunque no soy mundano,
esa flor delicada me la entregó una mano
muy bella y temblorosa de emoción,
para que en la solapa sus pétalos luciese
y allí se adormeciese
oyendo el ritmo de mi corazón...

Bella prenda fragante que de mí he separado,
¡cuán pronto hubieras muerto sobre este pecho helado!
Un galante egoísmo, casta flor,
en el agua del vaso prolonga tu tormento...
¡Tendré el remordimiento
de quien asesinara lentamente a un amor!

¡Flores puras, tan débiles, tan débiles y hermosas,
en vosotras adoro y bendigo las cosas
inútiles que tienen que morir!
Y con secreta angustia
beso la rosa mustia
que se extingue soñando con cielos de zafir...

TIC... TAC...

Cronos, viejo taimado, vampiro de la Vida,
destructor de ilusiones y sembrador de canas:
consientes que madure toda fruta prohibida
y asesinas, en cambio, a las rosas tempranas.

El agravio se estrella contra el alma que olvida;
por eso tus astucias para mí serán vanas,
y si llegas a herirme, restañarán mi herida
los minutos, las horas, los días, las semanas...

Hoy rompí el calendario... y también el espejo,
Mis sienes ya platean... acaso llegue a viejo...
Diciembre agonizante, ¡otro año al abismo!

¿Diciembre, y en mi espíritu reina la primavera?
¿Por qué ha de preocuparme que un año nazca o muera?
¡Si todo cambia en torno, yo siempre soy el mismo!

EDAD MEDIA

A José Hernández Amador

En este pardo erial, hosco paraje
propio para un asceta visionario,
sueño con aquel tiempo legendario
de rudeza, de fe, de vasallaje.

¡Qué simbólicos son en el paisaje
la cruz férrea de un viejo campanario,
y el castillo roquero y solitario
que alza su torreón del homenaje!

Edad Media cruel, supersticiosa,
semibárbara aún, ingenua y dura:
¿eras peor que nuestra Edad famosa?...

Te doy la preferencia —no es locura—
y estos versos son pétalos de rosa
ofrendados al pie de una armadura.

ALUCINACIÓN

Sus ojos implacables
que se clavan en mí con insistencia,
turbando mi quietud, han despertado
cierta historia dormida en la conciencia.

Rostro bello, ideal: ¿por qué me miras
inconmovible, yerto,
sin mostrar ni la huella de una lágrima...?
Vuelve a las sombras, que el pasado ha muerto.

POR EL LABERINTO

En un lecho, postrado y dolorido,
gritó a la muerte con angustia: «¡Espera!»
Vio la orilla del mar desconocido,
la tenebrosa, la fatal ribera...
Borróse tal visión. Convaleciente,
ávido, inquieto, reanudó el camino
con ansia de vivir intensamente,
con locas ansias de gozar sin tino.
Hoy, recorriendo el laberinto humano,
entre la inmensa multitud se advierte
un espíritu enfermo en cuerpo sano
que anhelando salir llama a la muerte.

CIUDAD DE LA LAGUNA

A Sebastián Padrón Acosta

Hace honor a su nombre: ella es una laguna
que nos brinda el reposo de la quietud inerte...
Amo su paz severa, claustral, cuando la luna
el hechizo magnético de su blanca luz vierte.

Aquí —grato refugio— quizás como en ninguna
de las viejas ciudades, con sorpresa se advierte
un perpetuo contraste, algo extraño que aún
optimismo de aurora y tinieblas de muerte.

Yo he soñado con cosas muy tristes y muy bellas
contemplando el remoto temblor de las estrellas,
en el hondo silencio de la ciudad dormida...

Y en sus campos feraces, una clara mañana
ya maduras las mieses, vibró mi alma pagana
al ritmo dionisiaco y triunfal de la vida.

SAN CRISTÓBAL DE LA LAGUNA

A Ramón González de Mesa

Ciudad tranquila de los conventos y de las huertas,
mientras la lluvia pule la piedra de tus blasones,
serena tejes tu noble ensueño de cosas muertas
en un silencio pleno de extrañas evocaciones...

Por viejas calles y por frondosas plazas desiertas
murmura el viento rancias consejas y tradiciones;
te aduerme el doble de tus campanas y te despiertas
a los repiques con que se anuncian las procesiones.

En claras noches llenas de suave melancolía,
cuando la luna lo baña todo con su luz fría,
he contemplado la cruz vetusta que hay a tu entrada;

símbolo enhiesto que es algo humano y algo divino:
¡tu propio emblema, tu fe de siglos petrificada
que por ti vela como un fantasma junto al camino!

JUAN MOZART

A Juan Fernández Villalta

A Mozart saludemos con grave cortesía,
con una reverencia de minué cortesano.
Hay bajo su peluca un mundo sobrehumano,
reino de la más pura, la más alta armonía.

Tras un porte elegante, tras ingenua alegría
se ocultaba el coloso, el genio soberano...
Fue imprevisor, sufrido... Aquel angel del piano,
la gracia y la dulzura convirtió en melodía.

Su vida, tierno halago, pronto fue triste y dura:
pobreza, desengaños... ¡el cáliz de amargura!
Le espiaba la envidia con el más torpe afán...

Yo le veo triunfante de tantas pesadumbres,
y grito recordando dos de sus obras cumbres:
No «Réquiem» a su alma sino ¡gloria!, «Don Juan».

VIERA Y CLAVIJO

A Jesús M.ª Perdigón

Este clérigo inquieto y cortesano
que traduce a Voltaire y a Cristo reza,
tiene en su enjuto rostro la firmeza
y la astucia de un viejo castellano.

No aspira a ser obispo, sí arcediano;
cimenta en el estudio su grandeza
buscando la verdad y la belleza...
Es poeta, filósofo y cristiano.

Espíritu insaciable y luminoso,
sondea en el pasado, y victorioso
nos lega de Canarias la alta Historia;

en ella, cada página admirable
es un recio sillar, firme, inmutable,
para el gran monumento de su gloria.

Manuel Verdugo nació en Manila (Filipinas) en 1877. Su padre, general del ejército, estaba entonces destinado en aquella plaza. El poeta siguió el ejemplo profesional paterno e ingresó en 1894 en la Academia de Artillería de Segovia. En 1899 se graduó con el empleo de Teniente, y como tal se desempeñó en guarniciones de Tenerife y de Las Palmas de Gran Canaria. Solicitó su licencia del Ejército en 1903. Empezó entonces una vida viajera que lo llevó a Francia, Suiza, Bélgica, Nápoles (donde residió un año) y Barcelona. En Madrid conoció a Jacinto Benavente, Manuel Machado, Rubén Darío, Francisco Villaespesa, etc. En 1908 fijó su residencia en La Laguna, donde falleció en 1951. Publicó cuatro libros de poesía: *Hojas*, *Estelas*, *Burbujas*, y *Huellas en el páramo*. En prosa publicó *Fragmentos del diario de un viaje*.

Lázaro Santana. Las Palmas de Gran Canaria, 1940. Ha ejercido una intensa actividad como poeta y crítico de arte y literatura. Ha publicado, entre otros libros, *Efemérides* (1973), *Destino* (1982), *Que gira entre las islas* (1985) y monografías sobre Plácido Fleitas (1973), Antonio Padrón (1974), Juan Guillermo (1977), Felo Monzón (1986), Cristino de Vera (1986), etc.



Biblioteca Básica Canaria

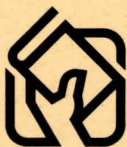
1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso Rodríguez.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABREU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas Literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PEREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Angel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra Narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso Rodríguez.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Enigma del invitado, Romanticismo y cuenta nueva y Campanario de la primavera*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Obra poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Lancelot, Media hora jugando a los dados y Crimen*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Antología*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El Nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.

45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.
46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad*.
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita*.
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal*.
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde*.
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos*.
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe*.
52. Nivaria TEJERA: *El barranco*.
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra*.

Se acabó de imprimir
el día 17 de julio de 1989,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

Los críticos advierten unánimes en la poesía de Verdugo su expresa condición parnasiana y, en consecuencia, anotan la elegancia clásica de su lenguaje, la frialdad conceptual, la carencia de imágenes, etc. Ninguno de ellos ha reparado en la característica que parece la más importante de la poesía de Verdugo —precisamente aquella que la convierte en algo diferente a la de su tiempo (y que introduce en la poesía canaria una nota peculiar que ni entonces, ni ahora, tiene paralelo en ninguna otra obra producida por escritores insulares): su carácter uranista. ¿Pudibundez, desinterés, inadvertencia? Los versos de este volumen revelarán a un poeta sorprendente.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

SOCITEM